

MUNDOS IGNOTOS

LOUIS G. MILK

Mundos ignotos
Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/302

CAPÍTULO I

Red Paddock se detuvo y sacó un sucio pañuelo del bolsillo, que luego se pasó por el cuello y la cara. A continuación, desprendió la cantimplora del cinturón, desenroscó el tapón y se llevó el gollete a los labios, para sorber unos cuantos tragos del líquido que contenía el recipiente. Mientras volvía a poner la tapa en su sitio, alguien lanzó un profundo suspiro a su lado.

—¡Qué tierra, qué maldita tierra!

Paddock se ajustó las correas del pesado saco mochila que llevaba a la espalda. Descolgó el corto fusil Impact 75 que llevaba pendiente del hombro y apoyó la culata en el suelo, dejando que la boca del arma reposara contra su muslo izquierdo. Luego extrajo un paquete de cigarrillos y se puso uno en la boca.

—Es una imprudencia dejar el rifle de esa forma. Conocí a uno que lo hizo y a los diez segundos le había salido la bala por la coronilla, después de haberle atravesado todo el cuerpo de abajo arriba.

Paddock miró al hombre que había hablado, un sujeto alto y delgado, de ojos penetrantes, con todo el aspecto de enfermo crónico del hígado. El sujeto que le había dirigido el reproche era Reshton Harriman, Censor Comercial.

—No se preocupe por mi rifle, Censor —contestó secamente.

Encendió fuego al cigarrillo y expulsó el humo con gesto placentero.

Un hombre se acercó a la pareja. Era bajo y rechoncho.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir caminando, Red? —preguntó Ray Nader, empapado de sudor de pies a cabeza.

Paddock levantó la vista al cielo, donde, muy altos, orbitaban dos soles, uno amarillo y el otro rojizo—anaranjado, éste mucho

más pequeño que el amarillo, pero los dos tan juntos que parecían estar tocándose.

—Antes de cinco horas no será de noche —dijo—. Todavía nos quedan cuatro horas de caminata.

—Y mañana la misma ración, supongo —opinó otro personaje, un muchacho de unos veinticuatro años y buena planta, llamado Nick Vérault.

—Ya lo sabías cuando te presentaste voluntario, Nick —manifestó Paddock reposadamente—. Una semana de exploración y, si al cabo de ese tiempo no se encontraba nada, regreso a la «Corona».

Alguien rió amargamente.

—¡Regreso a la «Corona»! —era Juan Mazas, un español de treinta y dos años, delgado como una espada y tan fuerte como ella—. ¡Regreso a una nave que tiene un chorro hundido en un fangal y el condensador principal estelar de Cobre—10 convertido en polvo!

—Vamos, vamos —murmuró Andy Logan, el metalista, un sujeto de pómulos salientes y ojos como canicas, escondidos tras los gruesos cristales de unas gafas de montura de carey—, si no encontramos nada por este sector, ya buscaremos por otro.

—Ya —masculló aprensivamente Vérault—. Y mientras tanto, estamos perdiendo el tiempo y los negocios.

—Si de mí dependiera —los dientes de Mazas rechinaron con rabia—, colgaría de uno de estos árboles al mulo que realizó el aterrizaje en aquel barrizal. Y que ese sujeto tenga patente de capitán de astronave y esté realizando su cuarto vuelo para terminar de calificarse. Creo que cuando vuelva a la Tierra lo engancharán a un arado.

—¡Si volvemos! —dijo Nader en tono lúgubre.

—Espero que el capitán Ballantyn sepa hacer lo necesario para sacarnos de este atolladero. De lo contrario, tendré que emitir un informe muy poco agradable sobre su comportamiento y el de sus oficiales —dijo Harriman en tono hiriente.

Paddock le miró con toda tranquilidad.

—Censor —manifestó en tono neutro—, si no salimos de Rikkel—5, su informe no valdrá ni el papel en que haya sido escrito. Y, si salimos, la Cámara de Comercio, con tal de que en los tratos se hayan observado las leyes estipuladas, hará muy poco caso de un

informe sobre un aterrizaje deficiente.

Hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Por qué no se quedó en la «Corona» y se vino con nosotros? Esta patrulla es de exploración; estamos buscando metales con indicios de Cobre—10.

—Ustedes, los comerciantes del espacio, son demasiado avispados —respondió Harriman, sin abandonar ni por un momento su tono crispante—. Lo único que yo entiendo de Astronáutica es que en este momento no estamos sobre la Tierra y que ustedes han dicho que el condensador principal estelar está hecho un acordeón sin teclas ni fuelles —alguien rió al escuchar el satírico comentario del Censor, pero éste permaneció sin mover un músculo de su rostro —. Yo no sé ni jota de astronaves; así que, como me pareció que podía tratarse de un truco suyo para realizar un negocio ilegal, me uní a ustedes; eso es todo.

—¡Míralo! —dijo Nader en tono sarcástico—. ¡El hombrecito! ¡Y se ha quedado tan ancho después de lo que ha dicho!

—Silencio —ordenó Paddock suavemente—. Censor, ¿cómo sabe usted que el capitán Ballantyn no hará negocio en su ausencia?

—Están encerrados en la nave.

—¡Qué!

Mazas barbotó una furiosa imprecación y quiso arrojarse contra Harriman.

—¡Quieto! —se interpuso Paddock.

—¡El muy hijo de una zorra sarnosa! ¡Encerrar a nuestros compañeros en la nave!

—Debiéramos colgarle de un árbol sin más dilación —masculló Vérault—. Usted no tenía derecho a hacer eso, Censor.

—Calma, chicos —dijo Paddock en tono tranquilo—. No se exciten. Nada de lo que hagan ahora librará del encierro al capitán y a los que se han quedado en la «Corona» —miró a Harriman fijamente—. Censor, reconozco que su autoridad es muy poderosa, pero no debió haber hecho eso jamás. No creo que los reglamentos le autoricen a encerrar a toda una tripulación sin motivo reconocido.

Harriman alzó la barbilla en tono desafiante.

—¿Que no? Le recomiendo que, cuando regrese a la «Corona», repase el Conjunto de Normas y Actas de los Censores e

Interventores de Comercio Interestelar. Lea el artículo Noveno, Párrafo Trigésimo—octavo, capítu...

—¡Al infierno con los reglamentos! —explotó Mazas—. ¿Y si mientras tanto les ocurre algo? ¿Quién será el responsable? ¿Usted, Censor?

Harriman miró fríamente al excitado.

—El capitán Ballantyn y su tripulación pueden permanecer un año en su nave sin necesidad de repostar. El problema, por tanto, no existe.

—¡Dios! —exclamó Logan, sujeto que rara vez perdía su flema habitual—. Pero supóngase que a nosotros nos ocurre algo, que morimos todos... ¿Quién soltaría entonces al capitán y a los veintidós tripulantes que le acompañan? Vivirían un año, pero ¿y después?

Nader blandió el puño cerca del rostro de Harriman.

—Me están entrando ganas de machacarle las narices, Censor.

Harriman le miró impertérrito.

—Se abstendrá usted mucho de rozarme siquiera el pelo de la ropa. Golpear a un Censor Comercial es uno de los delitos más graves...

Mazas avanzó su cara.

—Pero imagínese que se escapa un tiro de un Impact 75 y le alcanza a usted en la coronilla —pateó el suelo con furia—. En este maldito planeta, su cuerpo se pudriría en dos semanas y en cuatro no quedarían de usted ni las hebillas del cinturón. ¿Quién iba a formular entonces una denuncia o un informe desagradable? Me parece que todos declararíamos que se trató de un accidente infortunado...

—Basta —cortó Paddock. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó con el tacón de la bota—. Ya hemos hablado bastante, chicos. Cuando regresemos a la «Corona», el Censor se las entenderá con el capitán Ballantyn. Me imagino que el capitán querrá decirle algo al respecto.

—No puede. Lo que he hecho entra en mis atribuciones —contestó Harriman, encogiéndose de hombros.

—Será interesante escuchar lo que diga, en su día, el Consejo de Comercio acerca de su acción, Censor —comentó Paddock—. Bien, ya hemos descansado bastante. Sigamos.

Recogió el rifle, se lo echó al hombro y reanudó la marcha.

Llevaban ya seis días de marcha desde que salieran de la «Corona», en busca del preciado Cobre—10, sin el cual la astronave no podía poner en funcionamiento la calculadora de rumbos estelares, cuyo condensador principal, hecho de aquel metal, se había fundido inesperadamente, provocando con ello un violento aterrizaje en Rikkel—5. La avería en uno de los chorros propulsores, hundido en el fangal a que había aludido Mazas, era muchísimo más fácil de reparar que la falta del Cobre—10. La «Corona» tenía potencia suplementaria en los otros chorros para poder despegar sin mayores inconvenientes y volar hasta los astroastilleros de Hanamor—14, pero no podrían hallar Hanamor—14 si carecían de medios de orientación en un sector del espacio cuya distancia media a la Tierra era de ciento cincuenta a doscientos años luz.

El paisaje era lúgubre, deprimente. Desde que habían salido de la nave, no había variado en absoluto. La rápida llegada de la nave a la superficie de Rikkel—5 y el accidente del aterrizaje les habían impedido circundar al planeta, a fin de explorarlo desde una altura suficiente. Bastante habían hecho con salvar la vida, se dijo Paddock, mientras sus pies se hundían en el blando suelo cubierto de una hierba con tallos de treinta y cuarenta centímetros de altura y raíces hundidas en un suelo esponjoso, blando, del que brotaban hilillos de agua si uno hacía una presión con el pie algo más fuerte de lo normal.

Lo único que habían podido averiguar del planeta, antes de emprender la exploración, era que disponía de dos soles, que su atmósfera era tipo terrestre, así como la gravedad, con ligeras variantes, que no afectaban para nada la existencia de los astronautas; que había agua en abundancia, demasiada abundancia; que parecía desierto y que, en fin, su período diurno era de diecisiete horas y el nocturno de catorce. En total, el planeta giraba alrededor de su eje en unas treinta y una horas y, al menos hasta entonces, ya que no los habían visto, no disponía de ningún satélite. Sólo los dos soles; por la noche, oscuridad total, absoluta.

Crecían árboles, muchos árboles, separados entre sí por veintenas de metros en ocasiones. Eran de tronco grueso, dos y tres metros de promedio, y alturas que oscilaban entre los veinte y los cuarenta metros. Aparentemente, el espacio estaba despejado, pero

al no tener fin aquel inmenso bosque, resultaba imposible ver lo que había más allá de doscientos metros de distancia en todas direcciones.

El tronco de los árboles era completamente liso, casi brillante. Las ramas empezaban a una altura de quince a veinte metros del suelo y, al no haber ningún asidero, era imposible refugiarse en la copa de los mismos, caso de ser atacados por una fiera. Pero, hasta entonces, no habían hallado el menor rastro de animales de ninguna clase, excepto unos pequeños insectos de diez pares de patas, completamente inofensivos, al parecer.

Las hojas de los árboles eran grandes, lanceoladas, de dos metros de largo por uno de ancho. El color predominante era un violento amarillo, con grandes estrías verdes, aunque también había hojas anaranjadas e incluso de color carmesí. El diámetro de la copa venía a ser, aproximadamente, igual a la altura del tronco. Como resultado, los dos soles podían ser vistos solamente en raras ocasiones, lo cual no dejaba de resultar un beneficio, dada la sofocante temperatura que reinaba en el planeta.

Al cabo de dos horas o más de marcha, alcanzaron el borde de un pequeño arroyo que corría serpenteando entre la hierba. La anchura del riachuelo era de cuatro o cinco metros y su profundidad no excedía en ningún caso de los cuarenta o cincuenta centímetros. En apariencia, el líquido era potable, pero Paddock tenía amargas experiencias de otros planetas acogedores a primera vista y que luego habían resultado ser trampas mortales para los astronautas que se confiaron demasiado.

—Acamparemos aquí esta noche —dijo, empezando a quitarse el pesado equipaje—. Antes de beber agua, no olviden utilizar las tabletas germicidas. Cuando hayamos cenado, dispondré las guardias.

Dejó el rifle apoyado contra el tronco de un árbol cercano. Abrió la mochila y sacó una pequeña toalla. Después se acercó al arroyo y se arrodilló junto al borde, con ánimo de lavarse un poco la cara y el cuello. Si el agua resultaba ser buena, quizá sería conveniente darse un baño.

—Pero hay que tener mucho cuidado con estos arroyos —dijo a su lado el muchacho—. Conocí a un compatriota, Rouben Daenac, que metió las manos para lavárselas en un arroyo muy parecido a

éste y cuando quiso darse cuenta las había perdido hasta cerca del codo. Ocurrió en Alban—2, un planeta de Rigel… Resultó que no era tal agua, sino una especie de ácido terriblemente corrosivo, cuya especie no ha sido analizada todavía por los químicos. Desde entonces, yo…

La voluble charla del muchacho fue cortada de repente por el grito más inesperado que podían suponer fuera proferido en aquellos parajes.

Un grito de mujer.

CAPÍTULO II

Paddock se puso en pie de un salto. El grito se repitió.

—Los rifles, pronto.

Vérault le trajo el suyo. Los cinco astronautas quedaron en pie, junto al arroyo, con los formidables Impact 75 listos para abrir el fuego. Cada rifle disponía de un peine con veinticinco cartuchos, capaz cada proyectil de fulminar a un elefante tan sólo con el choque contra su cuerpo.

De súbito, la mujer apareció frente a ellos, entre dos gruesos árboles, a una distancia de cincuenta o sesenta metros. Corría muy desesperada a la vez que profería agudos gritos de terror.

La mujer vio a los astronautas y se detuvo en el acto, clavando los pies en el suelo, completamente estupefacta al encontrarse unos hombres desconocidos para ella. Era joven, de rostro agraciado, aunque no demasiado hermoso, de cabellos muy largos y ondulados, que le caían sueltos por los hombros desnudos, ya que su única vestimenta consistía en dos trozos de tela que le ceñían el busto y las caderas. El pelo era de un singular tono rojizo oscuro, casi negro en ocasiones.

Pero el peligro que la amenazaba parecía aún peor que las posibles malas intenciones de aquellos desconocidos. Un segundo después de haberse detenido, reanudaba la marcha a toda velocidad.

En el mismo instante, los asombrados ojos de los astronautas contemplaron el espectáculo más asombroso que les había sido dado presenciar desde que volaban a través de las estrellas.

Dos hombres surgieron por entre los árboles. Iban montados en un gran carro de metal refulgente, vagamente parecido a las cuadrigas romanas, aunque mucho más amplio, y con unas ruedas de la altura de un hombre, cuya llanta tenía casi treinta centímetros de ancho. La distancia del suelo del carro al césped no era mucha, sin embargo, dada la extraña disposición del eje sustentador, en forma de U apaisada. Pero no acababan ahí las rarezas.

Los dos hombres vestían unos grandes cascos metálicos y se cubrían el torso con una coraza de metal de un color rojo dorado, adornada con incrustaciones de piedras o esmaltes, que formaban unos dibujos realmente atractivos. En la parte delantera del carro había una especie de aljaba o depósito para llevar hasta una docena de largos venablos, de afilada punta del mismo metal.

El carro estaba tirado por dos poderosos animales de unos dos metros de alzada, con cierto parecido a un caballo terrestre, salvo que tenían el cuello mucho más largo y disponían de un par suplementario de patas, que no usaban para correr, sin embargo. El tercer par de patas sobresalía del pecho y terminaba en unos pies semejantes a pequeñas tenazas de dos bocas, muy duras y consistentes, a lo que parecía.

El carro iba lanzado a toda velocidad, arrastrado por aquellas dos poderosas bestias. Uno de los ocupantes azuzaba a los animales, en tanto que el otro agitaba una especie de lazo de flexible metal por encima de su cabeza.

La intención de los carristas estaba bien clara: apresar a la mujer. Ésta gritó de nuevo, dándose cuenta de que sus esfuerzos estaban condenados a la impotencia.

Entonces, uno de los astronautas abrió fuego. Disparó y el conductor del carro cayó en el acto.

El otro carrista se apoderó de las riendas en el acto, a la vez que gritaba como un energúmeno.

—¡Quietos! —gritó Paddock—. ¡Alto el fuego!

El carrista detuvo el vehículo a unos cuarenta metros de distancia del arroyo. Sus ojos brillaban con fiereza y no parecía mostrar el menor miedo ante el poderoso armamento de los astronautas.

—Recuerden —añadió Paddock—; no debemos inmiscuirnos nunca en los asuntos de los indígenas.

La mujer estaba arrodillada junto al arroyo, en la orilla opuesta, mirando alternativamente a su perseguidor y a los astronautas.

—¡Qué diablos! —estalló Vérault—. No vamos a consentir que esos granujas hagan el menor daño a esa pobre muchacha.

Y levantó el rifle de nuevo, ya que él era el autor del disparo que había fulminado al conductor del carro.

El carrista movió el pie derecho, expulsando del vehículo el cadáver de su compañero. Luego blandió el puño derecho, a la vez que apostrofaba con violencia a los terrestres, en un idioma desconocido para éstos. A continuación, tiró de las riendas, hizo girar los animales y escapó a todo galope.

—Me parece que nos hemos metido en un buen lío —opinó Paddock.

—¿Hubieras permitido que esos granujas se hubieran llevado a la muchacha? —preguntó Vérault con vehemencia.

—Escucha —expuso Paddock—. Imagínate a uno de estos sujetos en nuestro planeta, en una situación semejante, enfrentado a una mujer que huye y a dos policías persiguiéndola en un coche patrulla. Imagínate a ese mismo sujeto matando a un policía y facilitando así la huida a la perseguida. ¿Qué supones tú que harían las autoridades en un caso semejante?

—Bueno, pero yo… ¡Esos tipos no tenían pinta de policías! —exclamó Vérault, exasperado.

—¿Sabemos acaso si esas corazas y esos cascos son su uniforme?

—¡Oh, basta ya! Estos planetas están llenos de salvajes, Red.

—No llames salvaje a una persona hasta haber conocido sus costumbres, muchacho. De todas formas, lo hecho, hecho está, y, si es necesario, te apoyaremos.

—A menos que las autoridades de Rikkel—5 pretendan saber por qué este jovenzuelo irresponsable disparó contra uno de sus agentes —dijo Harriman en tono atravesado—. En tal caso, los reglamentos son bien claros: el culpable de haberlos violado debe ser castigado de acuerdo con las leyes de dicho planeta.

Vérault volvió el rifle contra Harriman.

—¡Censor, nadie me castigará por haber hecho lo que me dictaba mi conciencia! ¡Y no vuelva a reprochármelo o juro que le mato aquí mismo!

Logan se interpuso entre los dos hombres, con gesto conciliador.

—Está bien, muchacho. Procura calmarte; estás un poco nervioso. Como ha dicho Red, lo hecho, hecho está. Ya te ayudaremos si es que te ves en un compromiso. Ahora, veamos lo que tiene que decirnos la chica.

La mujer se había puesto en pie y vadeaba e] arroyo. Era alta y recia, de busto prominente y caderas rotundas, pero no exenta de gracia y esbeltez, debido sin duda a la vida primitiva que llevaba. Los dos pedazos de tela que cubrían su cuerpo tan escasamente eran de colores vivos, distribuidos en dibujos de rara simetría.

Sus ojos, muy oscuros, no expresaban ningún temor al acercarse a los astronautas. Habló con voz de graves tonos, pero agradable de escuchar.

—Lo siento —dijo Paddock, haciendo una mueca—, pero no te entendemos.

—Usa la lingua franca, Red —sugirió Logan—. Muchos habitantes de otros planetas la conocen.

La lingua franca era un revoltijo de mil idiomas hablados en todos los planetas de la Galaxia y mediante la cual se entendían los comerciantes terrestres y los nativos. En apariencia, era una lengua enrevesada y diabólica, pero, una vez se había practicado un poco, resultaba fácil.

La mujer movió la cabeza. Volvió a hablar, rápida y atropelladamente, sin que ninguno de los que la escuchaban entendiera una sola de sus palabras.

—Tengo la vaga sensación de que somos los primeros astronautas que llegan a Rikkel—5 —manifestó Paddock.

—¡Hombre, qué bien! —exclamó Mazas con acento de satisfacción—. ¡Un planeta no visitado! ¡Eso nos daría derecho de comercio exclusivo durante diez años! ¡Y hay tan pocos planetas inexplorados ahora!

—Sí, pero lo que más nos importa es encontrar Cobre—10 —refunfuñó Paddock. Se señaló a sí mismo con el índice y dijo—: Red.

La muchacha pareció entender. Sonrió agradablemente, mostrando una hilera de dientes blancos y fuertes.

—Sheenit.

—Sheenit —repitió Paddock.

Ella movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Bueno, al menos ya conocemos su nombre —exclamó Nader —. Si supiéramos dónde vive…

Sheenit extendió el brazo izquierdo, señalando aguas arriba del riachuelo. Los gestos que hizo a continuación eran inconfundibles.

—Dice que la sigamos —exclamó Vérault—. ¿Por qué no vamos con ella, Red?

Paddock vaciló. Sheenit volvió a gesticular, a la vez que hablaba con rápida vehemencia.

—Parece que su casa no está muy lejos —dijo Mazas—. Quizá sería conveniente entrar en relación con los suyos. En último caso, siempre nos queda el recurso de acampar a mitad de camino.

—Está bien —accedió Paddock. Miró a la joven, admirando en silencio su belleza—. Iremos contigo, Sheenit.

Ella pareció entenderle, porque palmoteó muy contenta. De pronto, sonó un grito.

—¡Eh, chicos, venid aquí todos! ¡Mirad lo que he descubierto!

Logan estaba arrodillado al lado del cuerpo del sujeto contra el que había disparado Vérault. Intrigado, Paddock vadeó el arroyo y se acercó a aquel punto, seguido por todos los hombres y por Sheenit.

Logan se incorporó, manteniendo en alto el casco del soldado muerto.

—Que me empalen ahora mismo si esto que tengo en las manos no contiene un setenta por ciento de cobre —exclamó.

—¡Qué! —dijo Paddock, sintiendo que se quedaba sin aliento. Tomó el casco y lo examinó con atención—. Parece cobre, en efecto, — añadió.

—Tengo en la mochila mi pequeño laboratorio portátil de análisis —manifestó Logan—. Si pudiera disponer de una hora…

—Harás el análisis mañana, Andy —decretó el joven—. Ahora no tenemos ya mucho tiempo. Vamos a acompañar a la joven hasta su poblado.

—Muy bien —Logan recobró el casco—. Analizaré el metal mañana. Si es cobre, como calculo, podremos reparar el condensador.

—Desde luego, aunque veo muy difícil que lo conviertas en Cobre—10, Andy —opinó Paddock.

Logan se frotó la mandíbula.

—Tendré que idear algún procedimiento para conseguirlo —dijo —. El cobre común no sirve; el condensador se fundiría apenas insertáramos en la ranura de la calculadora la primera petición de rumbo —esperanzado, añadió—: Pero, al menos, tenemos cobre y eso es lo que importa. Vamos.

Minutos después, emprendían la marcha, caminando por la orilla derecha del arroyo. Sheenit les servía de guía y en ocasiones era preciso caminar de firme para seguir su paso fuerte y rápido. Paddock se dio cuenta de que era una verdadera amazona, pese a caminar sin montura. En una lucha cuerpo a cuerpo, el enemigo de Sheenit debería poseer una buena musculatura para poder vencerla.

Paddock caminaba al lado de Sheenit. Hablaba con ella enseñándole palabras sencillas de su idioma, a base de las cosas que veían. Sheenit parecía bastante despierta y en pocos momentos aprendió una docena de vocablos elementales, con los cuales, sin embargo, no era suficiente para poder entenderse. Paddock confiaba, a pesar de todo, que si la relación duraba algún tiempo, Sheenit conseguirían entenderse medianamente con ellos y luego servirles de intérprete con los habitantes de su aldea.

De pronto, cuando llevarían unos treinta minutos de marcha, Sheenit se detuvo. En apariencia, el lugar era idéntico y no ofrecía la menor variación con ninguno de los parajes por que habían atravesado: grandes árboles, hierba con tallos de treinta a cuarenta centímetros, la corriente de agua y, sobre todo, calor y humedad. Pero Sheenit debía conocer muy bien el sitio, porque se detuvo con plena seguridad de lo que hacía.

Los astronautas se detuvieron también. Sheenit se llevó los dedos a la boca y emitió un prolongado sonido, de notas variables.

Casi en el mismo momento, varias escalas de fibras vegetales surgieron de lo alto. Las escalas cayeron y quedaron balanceándose a pocos centímetros del suelo.

—Vaya —exclamó Logan—, esta gente vive en los aires.

—Supuesta la forma de comportarse de aquellos sujetos vestidos de romanos —dijo Nader—, casi no les debe quedar otro remedio que hacerlo.

—Bueno, muchachos —terció Paddock—, arriba.

Sheenit ya tenía uno de sus pies en el primer peldaño de una escala. Sonrió, a la vez que les hacía señas de que subieran tras ella.

Al ver que se disponían a hacerlo, trepó por la escala con la agilidad singular, hija de una larga práctica. Paddock la siguió de inmediato.

CAPÍTULO III

Los astronautas sufrieron una gran sorpresa al llegar al final de la escalera. Las ramas y las hojas de los árboles ocultaban a la perfección lo que había en las copas de los mismos.

La aldea donde residía la tribu a que pertenecía Sheenit estaba apoyada en las ramas de los árboles. Largas teorías de troncos delgados pero fuertes formaban una especie de senderos aéreos que unían las distintas copas de los árboles, en cada una de las cuales podía verse una o dos cabañas hechas de una fibra vegetal parecida a la rafia, aunque de hilos más gruesos, con un tejado de grandes hojas colocadas unas encima de otras. Los puentes eran sustentados por largos tirantes de cuerdas hechas con la misma fibra vegetal y tenían barandillas protectoras. La espesura de los mismos árboles les impedía ver la extensión total de la aldea suspendida en el aire.

Apenas llegaron arriba, fueron rodeados por una multitud gesticulante que les contemplaba con evidente curiosidad. Paddock se dio cuenta de un singular detalle: salvo Sheenit, cuya epidermis aparecía ligeramente dorada, los demás habitantes de aquella extraña aldea tenían la piel completamente blanca, fría, casi inerte, como si hubiesen permanecido largas horas sumergidos en el agua. Sus cabellos eran claros y sus ojos tenían unas pupilas aguanosas, de extraño resplandor. Vestían someramente, lo justo para no ofender el pudor, tanto hombres como mujeres y niños; éstos no abundaban, cosa que no dejó de advertir el observador Paddock.

Sheenit habló rápidamente con algunos de aquellos sujetos, los cuales no parecían fiarse mucho de los, para ellos, extranjeros. Sobre todo, Paddock divisó a un tipo alto, recio, más fuerte que el común de los varones de la tribu, ninguno de los cuales parecía poseer demasiada musculatura, el cual les miraba con gesto atravesado. Paddock se dio cuenta de que era un hombre ya maduro, rozando quizá la ancianidad, cosa que podía verse en sus largas guedejas casi blancas. Quizá por ello era uno de los personajes más importantes de la tribu.

Era también el que con más vehemencia discutía con la muchacha. Salvo el sujeto de cabello canoso Sheenit parecía más fuerte que cualquiera de los demás varones y, por supuesto, que todas las demás mujeres que vio Paddock, aun las más jóvenes, faltas de gracia y belleza. Incluso las jovencitas con aire de no haberse casado todavía ni concebido hijos, daban una sensación de cansancio y de relajación muy poco acorde con su escasa edad. Todas tenían el cuerpo, en especial el busto, fláccido, desvaído, como si sus músculos flotasen dentro de una envolvente epidérmica más ancha de lo que en realidad correspondía a su anatomía.

—Dan la sensación de una raza que degenera poco a poco —susurró Mazas.

Paddock asintió. Había viajado mucho por el espacio y conocido a pueblos estelares que vivían en un completo salvajismo, algunos de ellos más atrasados aún que la humanidad terrestre en la Era del Sílex, pero todos ellos eran pueblos de miembros fuertes y robustos, mujeres y niños incluidos, como correspondía a razas en íntimo y continuo contacto con la Naturaleza. Allí no sucedía nada de esto; salvo Sheenit, el viejo gruñón de las melenas blancas y, quizá, uno o dos hombres, todos parecían lacios, cansados, flojos de cuerpo, incluso de mente, a juzgar por las extraviadas miradas de algunos de ellos. El contraste entre la epidermis suavemente dorada de Sheenit y la blancuzca, como de vientre de pescado muerto, de los restantes, era evidente.

La curiosidad de aquellos arborícolas se agotó pronto. El viejo soltó unos cuantos gritos y el grupo se disolvió sin grandes protestas. Sólo quedaron allí Sheenit y el viejo. Sheenit les dijo el nombre de su acompañante: Tozaar.

La joven les hizo señas de que les siguieran. Caminaron tras ellos, hasta llegar a una gran cabaña de forma circular, cuya puerta estaba oculta por una especie de cortina de hilos vegetales. Sin vacilar, Sheenit alzó la cortina y les invitó a pasar.

Paddock cruzó el umbral. Era ya casi de noche y, dentro de la choza, la oscuridad habría sido completa de no haber habido unas cuantas lámparas suspendidas del techo, que disipaban las tinieblas, emitiendo una singular fosforescencia amarillo verdosa que prestaba un raro aspecto a los objetos. Sheenit les hizo señas de que descansaran un poco, que ya les traería comida, y después los dejó

solos.

El suelo de troncos estaba cubierto por grandes esteras de fibra vegetal. Los astronautas dejaron apoyadas sus armas en la pared de la cabaña y después se despojaron de su equipo, mientras hacían toda clase de comentarios acerca de la tribu que habían hallado en un planeta que les había parecido deshabitado en un principio.

—Desde luego, ¿qué quieres que te diga? —exclamó Vérault—, a mí esta gente no me gusta demasiado.

—Parecen bastante atrasados —comentó Logan—. A juzgar por lo que hemos visto, deben desconocer el uso del metal. No he visto ni una mala hebilla en sus ropajes tan siquiera.

—A cualquier cosa llamas ropajes, chico —dijo Mazas. Tenía su cantimplora en la mano y bebió un largo trago de agua.

—Usted, ¿qué opina, Censor? —preguntó Nader de pronto.

—Mis opiniones las expongo en los informes que emito al término de cada expedición. El de ésta no va a ser nada agradable —contestó Harriman en tono desabrido.

—¡Vaya con el...! —empezó a decir Mazas, pero una mirada de Paddock cortó en seco el resto de la frase.

—A mí me dan la sensación de que son una raza decadente —opinó Nader—. Cabellos demasiado claros, pupilas líquidas, miembros flojos, piel blanca y fofa, mirada vaga y perdida... Por regla general, los pueblos salvajes son siempre fuertes y robustos, salvo los inevitables casos individuales, como en toda comunidad. Pero es que aquí sucede exactamente al revés. Salvo la chica, que es fuerte como un roble, y el viejo de mirada de demonio, los demás no podrían levantar un peso de diez kilos del suelo. ¿Por qué crees tú que será eso, Red?

Paddock no contestó. Estaba muy ocupado examinando el interior de una de aquellas lámparas tan singulares, que había descolgado del techo.

En esencia, la lámpara consistía en un cuenco semiesférico, de unos veinte centímetros de anchura por la mitad de profundidad, sujeto por tres hilos vegetales atados a intervalos regulares y unidos luego a un cordón que pendía del techo. Dentro del cuenco había una sustancia pastosa, de color verde amarillento, que era la que producía tan singular iluminación.

—¿Qué diablos de sustancia es ésa? —indagó Vérault, dándose

cuenta de la curiosidad del joven.

—Parece fósforo —apuntó Logan.

—Sólo el fósforo podría producir un resplandor semejante —exclamó Nader—. ¡Diablos! ¡Parecemos espectros!

—¿Qué opinas tú, Red? —preguntó Logan, que se fiaba mucho de la opinión del aludido.

—Parece fósforo, en efecto —opinó Paddock, sumamente preocupado—. La piel blanca y el cuerpo blanco pueden obedecer a varias cosas: falta de luz solar y falta de ejercicio. La luz de los soles de Rikkel—5 es prácticamente inexistente para un pueblo que vive bajo una impenetrable bóveda vegetal, en medio, además, de un ambiente húmedo y nada conveniente para la salud. Deben pasar aquí gran parte de su existencia, como medio de aislarse de los peligros que les acechan...

—¿Qué peligros? —objetó Mazas—. No hemos visto ningún animal salvaje.

—Pero sí a dos hombres armados que perseguían a una mujer —contradijo Paddock—. Quizá el peligro consista en un pueblo rival, muy superior con toda seguridad, dado que sabe domesticar a los animales para su ayuda, sabe obtener y labrar el metal y, detalle fundamental en toda civilización, usa la rueda.

—Sí, es posible que el peligro para estos bosquimanos radique en otro pueblo superior —expuso Nader—. Lo cual indica que se protegen viviendo en los árboles... y que ese pueblo superior no se halla a gran distancia de esta aldea.

—Es cierto —Paddock manifestó su conformidad.

—¿Y esos síntomas de degeneración? —preguntó Mazas.

—Son incipientes, pero, al mismo tiempo, dan la sensación de ir acentuándose con el tiempo. De todas formas... —Paddock se volvió de pronto hacia Mazas—. ¿Tienes por ahí un Geiger?

—Claro —contestó el español.

—Oye —dijo Logan—, ¿qué diablos pretendes sugerirnos?

—Ahora lo verás —respondió el joven.

Mazas regresó momentos después con un pequeño detector portátil de radiactividad. Dio media vuelta a la llave y acercó el aparato al cuenco.

Se oyó un débil chisporroteo. Alguien soltó una rotunda interjección.

—¡Diablos!

Logan clavó los ojos en el rostro de Paddock.

—¿Red?

—Cierra el interruptor, Juan —dijo el joven—. La causa de la degeneración de esos bosquimanos está bien clara. El fósforo contiene una ligera proporción de sales radiactivas.

—Vaya —farfulló Harriman—, pues a mí no me hace la menor gracia pernoctar en un sitio donde estoy sometido continuamente a radiaciones perniciosas. Tengo novia y espero casarme pronto… y, caramba, no me gustaría engendrar seres deformes.

—No le ocurrirá nada por una noche que pase aquí —sentenció Paddock, disimulando su sorpresa ante el hecho de que un sujeto tan avinagrado pudiera resultar atractivo a los ojos de una mujer—. La cosa sería diferente si viviera aquí, en esta aldea suspendida de los árboles. Las lámparas de fósforo radiactivo no se apagan ni de día ni de noche y, como consecuencia, los bosquimanos sufren sus perniciosos efectos constantemente. Por otra parte, la proporción de sales de radio debe ser ínfima; de lo contrario, habrían muerto todos ya hace mucho tiempo.

—La chica debe de ser inmune a las radiaciones —dijo Nader.

Paddock reflexionó, mientras volvía la lámpara a su sitio.

—Es raro que no hayamos encontrado a ningún bosquimano en nuestras correrías en busca de cobre —respondió—. Esto me hace pensar que apenas se mueven de sus cabañas y que Sheenit, por el contrario, hace una vida muy activa, incluso al sol… en lugares donde no hay árboles.

—¿Y dónde hay un sitio de ésos? Porque ya llevamos seis días sin ver otra cosa que bosque —exclamó Vérault.

—Sheenit nos lo dirá —manifestó el joven—. Estoy seguro de que los linderos del bosque no pueden hallarse ya muy lejos. Ella conoce estos parajes a la perfección y nos guiará. Parece ansiosa de cooperar con nosotros.

—Me gustaría saber qué rayos comen estos tipos si no se mueven de los árboles —dijo Mazas—. Porque, salvo sus síntomas de decaimiento moral y físico, son idénticos a nosotros en todo. Y un hombre igual a otro hombre, esté donde esté, siempre necesita alimento.

Sheenit entró en aquel instante en la cabaña. Era portadora de

una bandeja de madera, sobre la que se veían seis cuencos de gran tamaño, llenos de una sustancia siruposa, de color rojizo oscuro y olor no desagradable del todo. Al lado de cada cuenco se veía una especie de cuchara de madera, con la paleta casi completamente plana. Sheenit depositó la bandeja en el suelo y les señaló los cuencos.

—Ésta es la comida de los bosquimanos —dijo Nader—. Vamos a probarla.

Acto seguido, cogió un cuenco y una paleta y se dispuso a ingerir el extraño alimento.

—¿No estará envenenada? —preguntó Harriman de repente.

Nader respingó.

—¡Diablos! ¡Eso no se me había ocurrido a mí!

Sheenit pareció entender sus palabras, porque se agachó y tomó un cuenco y una paleta, que entregó a Paddock. Éste olisqueó el contenido del recipiente, notando que despedía un olor dulzón, como de jarabe de cerezas, aunque su color fuese mucho más oscuro.

Sheenit le hizo señas de que comiese, que era bueno.

—¿De dónde lo sacarán? —preguntó Mazas.

Paddock se llevó a la boca una cucharada del jarabe. El gusto era agradable y estaba de acuerdo con el olor.

—Pues resulta bastante bueno.

—Debe de ser una especie de pasta alimenticia, que tendría más valor si contuviese las vitaminas necesarias —sugirió Nader—. A mí me da la sensación de que esta gente, entre otras cosas, esta falta de vitaminas.

—Como sea, el jarabe tiene buen sabor —dijo Mazas, a la vez que comía con avidez—. Y puesto que nos lo ofrece una chica tan guapa, opino que no debemos rechazarlo.

Paddock despachó en pocos momentos el contenido de su cuenco. Cuando terminó, se percató de que su apetito había desaparecido por completo. Los demás se sintieron también satisfechos.

—Al menos —opinó Mazas—, no se puede negar que es alimenticio.

—Bueno, una cosa es que llene la tripa y otra que alimente. Si fuese así, los arborícolas no tendrían un aspecto tan próximo a la

depauperación.

Al terminar, Sheenit se dispuso a marcharse. Indicó que podían dormir y que, a la mañana siguiente, ella vendría a buscarles, aunque no dijo qué harían. Recogió la bandeja y se marchó.

Dos o tres expedicionarios se tendieron en el suelo. Paddock sacó un cigarrillo y fumó en silencio durante unos momentos. Estaba cansado y sentía que el sueño le invadía.

Se tendió también, tras haber apagado el cigarrillo con cuidado. Colocó la mochila a modo de almohada y se dispuso a dormir.

No lejos de él, Vérault hablaba con Mazas.

—Juan, te digo que esta gente no me inspira la menor confianza.

—No irás a decirme que son caníbales —rezongó el español.

—¿Por qué no? Escucha, lo digo por experiencia. Mi hermano mayor, André, desembarcó una vez en Psitarl—02, en un bote de exploración. Iba como segundo de una patrulla como la nuestra, ¿comprendes? En total eran ocho. Se encontraron con unos sujetos como éstos, amables, comprensivos y con grandes deseos de cooperar. ¡Cooperar! —exclamó Vérault amargamente—. Lo que sucedió fue que se los comieron uno a uno, bien asaditos. Sólo escaparon dos, el oficial que mandaba la patrulla, un tal Hedden Martinson, y mi hermano.

»Pero los dos corrieron suertes bien distintas. Martinson se largó dejando a André solo en Psitarl—02. No sé qué terribles aventuras pasaría André, Juan; sólo te diré que en una semana se le volvieron los cabellos blancos. Fue encontrado de milagro por otra patrulla de rescate... pero el cobarde de Martinson no fue hallado jamás. Te aseguro, Juan, que únicamente deseo que Martinson haya muerto, porque si algún día me lo encuentro...

Las últimas palabras del muchacho se convirtieron en un murmullo ininteligible. Paddock no pudo oír más, porque el sueño le venció, a pesar de que hizo todos los esfuerzos posibles para mantenerse despierto.

Su último pensamiento, antes de dormirse fue que, al cabo de los años, alguien había descubierto la traición cometida diez años atrás, cuando era cuarto oficial de navegación en la «Poseidón». Pero entonces, André, el hermano de Nick, no usaba el apellido Vérault. ¿Por qué se lo había cambiado el muchacho?

«Por la misma razón que lo has hecho tú, sólo que a la inversa.

Tú, para escapar al castigo. Él, para vengar a su hermano»...

Ya no pudo seguir pensando más, porque en aquel momento cayó en un sueño profundo, invencible, irresistible.

CAPÍTULO IV

Cuando despertó, se encontró atado como un salchichón.

Alguien lanzó un sonoro grito de protesta.

—¿Eh, qué diablos han hecho con nosotros?

Haciendo un esfuerzo, Paddock se sentó en el suelo. Tenía las manos atadas a la espalda con una cuerda de fibra vegetal, y otras cuerdas análogas le ceñían también los brazos al tronco, los muslos y los tobillos. Salvo sentarse, respirar y hablar, no podía realizar ningún otro movimiento.

—¿Qué broma estúpida es ésta? —gruñó el Censor, encolerizado.

—Temo que no se trate de ninguna broma —contestó Paddock en tono sombrío.

Mazas forcejeó para soltarse las cuerdas, sin resultado alguno.

—Este asunto no me gusta nada —rezongó—. No debimos haber cenado aquel maldito jarabe. Siento la boca seca, como si hubiésemos tomado un narcótico.

¡Un narcótico! La palabra estalló en la mente de Paddock con la violencia de un relámpago en noche de tormenta. En cierta ocasión, también les había sido administrado un narcótico...

—Debiéramos haber dejado que aquellos romanos se hubiesen llevado a la chica —masculló Nader, enojadísimo. Miró a Vérault con rostro lleno de ira—. Tú y tu estúpida caballerosidad.

—¿Y quién dice que estos bosquimanos sean antropófagos? —protestó el muchacho—. Estamos en Rikkel—5, no en Psitarl—02.

—Suponemos que este planeta es Rikkel—5, pero no hemos tenido ocasión de comprobarlo —manifestó Logan—. Acordaos, si no, de la avería de la computadora.

Hubo una pausa de silencio. Después, Mazas, en tono sarcástico, exclamó:

—Censor, ¿pondrá esto también en su informe? Será muy interesante.

Harriman soltó un bufido despectivo.

—Si me van a comer —gruñó Vérault—, diré que me maten el primero. Mi hermano fue el último y durante seis días tuvo que asistir a la degollación de sus compañeros y al banquete subsiguiente. Así quedó el pobre; ahora está en un manicomio para el resto de sus…

—¡Oh, cállate ya, maldita sea! —gritó Nader, exasperado—. Lo que podemos hacer es intentar soltar estas ligaduras.

—No veo cómo —murmuró Paddock—. Además, se han llevado todos nuestros equipos, sin olvidarse siquiera de los riñes.

Logan forcejeó. Al cabo de unos momentos, bañado en sudor, tuvo que desistir.

—Ni siquiera sabemos si es de noche o de día —exclamó Mazas rabiosamente.

Los cuencos continuaban expandiendo su luz espectral y la cortina de fibras era lo bastante espesa como para no permitir ver lo que había al otro lado.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales, los sorprendidos cautivos hicieron toda clase de conjeturas acerca de la suerte que iban a correr. La mayoría de los reproches recayeron sobre Sheenit, a quien culpaban de haberlos atraído a una encerrona.

—No la acuséis sin pruebas —opinó Paddock—. Me dio la sensación de que ella y Tazaar no eran lo que se dice unos buenos amigos.

—¡Pamemas! Lo hicieron delante de nosotros para desempeñar el papel de…

Vérault no pudo continuar. De repente, la cortina de fibra se apartó a un lado y un pelotón de hombres, armados con largas estacas aguzadas en la punta, entraron en la choza.

Los bosquimanos iban capitaneados por Tazaar.

El sujeto de los cabellos blancos les dirigió un largo discurso, del cual no entendieron nada los cautivos. Luego sacó de entre sus ropas una especie de cuchillo de madera muy dura, sumamente afilado, y cortó las ligaduras de los cautivos, pero sólo las de las piernas.

Paddock y sus compañeros fueron obligados a incorporarse y a salir de la cabaña. Una luz difusa caía sobre el exterior, procedente del espacio que había sobre las copas de los árboles, lo que les dijo

que los soles del planeta habían salido ya hacía rato.

A continuación, los bosquimanos les ataron una cuerda por debajo de los sobacos y los descolgaron hasta el suelo sin más ceremonia. Al llegar abajo, Paddock vio algo que le heló la sangre en las venas y trajo a su memoria otras escenas similares presenciadas diez años antes.

Había siete postes de madera clavados en el suelo, alineados en círculo. La anchura del círculo era de una docena de metros y en el centro habla otro más pequeño de piedras blancas, dentro del cual divisaba un enorme montón de brasas que despedía un calor intensísimo. A ambos lados de la circunferencia de piedras se veían dos palos verticales, sosteniendo un travesaño horizontal, a un metro y medio sobre la hoguera.

El resto de la tribu se hallaba alrededor del círculo de postes. En total, habría unas quinientas personas entre hombres, mujeres y niños, de cuyas gargantas se escapó un salvaje alarido de júbilo al ver que descendían los prisioneros.

—¡Maldita sea! ¡Nos van a asar vivos! —chilló Vérault, forcejeando con desesperación.

Uno de los salvajes le asestó un golpe en la cabeza con su garrote. El muchacho se desplomó al suelo sin conocimiento.

En un santiamén, Paddock y sus compañeros fueron atados a los postes, en medio de un clamoreo ensordecedor. Paddock miró hacia el ocupante del poste contiguo. Sheenit le devolvió la mirada con gesto lastimoso; también ella iba a correr la misma suerte.

Tazaar se plantó en el centro del círculo, con su cuchillo de madera en alto, y empezó a soltar un largo discurso. No se entendían sus palabras, pero sí la intención con que eran pronunciadas.

Paddock pensó que esta vez no tendría tanta suerte como la anterior. «Las cosas salen bien una vez, pero no dos», se dijo, mientras rogaba en su interior por una muerte rápida.

Sheenit le dirigió una mirada en la que se encerraba una clara disculpa por haberles conducido a semejante situación. Mientras tanto, Tazaar seguía atronando el espacio con sus alaridos, sin dejar de blandir el cuchillo de forma ominosa.

De repente, Tazaar se calló.

Los ojos de Paddock se dilataron por el asombro. Algo acababa

de aparecer de repente en el pecho del viejo. Era un largo venablo, cuya punta asomaba más de un palmo por la espalda de Tazaar.

El viejo estuvo de pie durante un largo segundo, allí contemplado con horror por cuantos se hallaban allí reunidos, en medio de un denso silencio. De repente, las piernas le fallaron y cayó de bruces sobre el enorme montón de brasas. Un nauseabundo olor a carne quemada se expandió instantáneamente por la atmósfera.

Un horrible griterío estalló en el acto. Asombrados, los astronautas vieron una enorme partida de sujetos vestidos de forma idéntica a los del día anterior, la mayor parte de ellos montados en sus extraños carros, los cuales acometían de forma salvaje a los arborícolas, sin reparar en la edad ni el sexo.

Los venablos volaban por los aires y atravesaban los cuerpos de parte a parte. Los clamores de los heridos eran acallados casi al instante; apenas un bosquimano caía al suelo, uno de los soldados lo remataba al instante, atravesándole con otro venablo o con la espada de que todos iban provistos. Era inútil que los desgraciados salvajes intentaran escapar: un férreo anillo rodeaba aquel lugar del bosque y cada vez que uno de ellos intentaba huir, se encontraba con una azagaya o una espada que le causaban la muerte en el acto.

El combate fue breve, a la fuerza, ya que entre todos los bosquimanos no disponían de más allá de dos docenas de garrotes aguzados en uno de sus extremos, armas insuficientes para perforar las corazas que usaban aquellos sujetos. Los que intentaron resistir o escapar fueron muertos brutalmente sobre el terreno, sin la menor compasión.

En pocos minutos terminó la lucha. Cuando los supervivientes empezaron a alzar los brazos, más de doscientos cuerpos yacían por el suelo. El cadáver de Tazaar seguía consumiéndose en las brasas, de las cuales se elevaba una espesa y pestífera humareda.

Los soldados arrearon con los supervivientes, hombres, mujeres y niños, a quienes golpeaban con el cuento de los venablos o con la parte plana de su espada; los trataban como si fueran animales. Los gemidos y los sollozos se oían por doquier, pero aquellos individuos no hacían el menor caso de las quejas y lamentos de sus cautivos.

El claro quedó un tanto despejado en pocos momentos. Dos grupos de soldados quedaron allí; mientras unos recorrían los

cuerpos tendidos en el suelo, para rematar a todo aquel que se movía ligeramente, otro grupo se dedicó a desatar de los postes a los astronautas.

Uno de los soldados se acercó a Paddock. Éste lo reconoció al instante; era el que les había amenazado el día anterior, después que Vérault había matado a su compañero.

El sujeto tenía su espada en la mano, un arma de hoja larga y recta, afiladísima y muy aguzada en la punta. Sus ojos brillaron con perversidad al ver a Paddock, a la vez que le dirigía unos violentos apostrofes en un idioma ininteligible para el joven.

Paddock se mantuvo sereno, dándose cuenta de que el responder no le serviría de nada, tanto porque el sujeto no le entendería, como porque acaso podría aumentar más su irritación. Al cabo de medio minuto, el filo de la espada cortó rápidamente sus ligaduras.

El soldado le indicó por medio de gestos nada amables que se reuniera con sus compañeros. Frotándose las muñecas doloridas, Paddock obedeció.

—Parece que nos hemos salvado, por el momento —comentó Nader.

—Por el momento, tú lo has dicho —dijo Mazas—. Lo único que podemos garantizar, sin embargo, es unas horas más de vida.

—Estos romanos —gruñó Logan—, no tienen aspecto de antropófagos. El canibalismo desaparece cuando se sabe fundir el metal y emplear la rueda. Es una ley biopolítica invariable, cualquiera que sea el planeta en que se viva.

Un soldado empujó a Sheenit y la obligó a reunirse con los astronautas. La muchacha gesticuló vivamente, queriendo darles a entender que ella era inocente de todo lo sucedido.

—Te comprendo, sí —dijo Paddock—. Tú no has tenido la culpa, Sheenit —le palmeó el brazo derecho con gesto amistoso—. No te preocupes más.

Ella sonrió agradecida. En aquel momento, el sujeto que había liberado a Paddock, y que parecía ser el jefe de la fuerza, dio una orden.

Los soldados empujaron a sus cautivos con la punta de sus venablos. Paddock echó a andar, con Sheenit a su lado; la muchacha parecía resuelta a no abandonarle ni un solo momento.

Cien metros más allá, vieron la lastimosa procesión de los

supervivientes, colocados en una larga hilera de tres o cuatro en fondo, flanqueados por dos columnas de hombres armados. El jefe dio una orden y la tropa se puso en marcha, en medio de un impresionante coro de gemidos y lamentos.

—Esta vez —dijo Mazas—, la vigilancia de los bosquimanos no les sirvió para nada.

—Estaban ciegos con el banquete que se iban a dar —manifestó Nader—. Menos mal que mis chuletas siguen aún en su sitio.

—¿Adonde nos llevarán estos tipos? —preguntó Logan.

—Pregúntaselo al Censor —manifestó Vérault en tono mordaz—. Él lo sabe todo.

Harriman le dirigió una mirada furiosa.

—Será mejor que se calle, porque de lo contrario…

—Ya sé, ya sé —le interrumpió el muchacho con gesto de hastío —; de lo contrario, citará usted mi nombre en su informe. Oiga —añadió, acentuando el sarcasmo—, ¿por qué no se queja también del intento de canibalismo y de la matanza que han realizado estos pretorianos de guardarropía?

Harriman farfulló algo entre dientes, evidentemente molesto por los sarcasmos del muchacho.

—No empeores la situación, Nick —le recomendó Paddock—. Ahora debemos olvidar nuestras diferencias y pensar en que todos somos terrestres.

—¿También el Censor? Yo creía que era sólo una máquina de emitir informes. Las máquinas no tienen planetalidad; lo dice la Ley número…

—¡Basta ya! —cortó Logan con sequedad—. O te callas o te cierro la boca de un puñetazo. Éste no es momento de entrar en discusiones; lo ha dicho Red bien claro.

Un sangriento incidente cortó de momento la discusión. Delante de ellos, una mujer se desplomó al suelo.

Uno de los soldados corrió hacia la mujer y la pateó en el costado. La desdichada quiso levantarse, pero carecía de fuerzas. Entonces, el soldado le asestó un terrible tajo en el cuello con su espada.

Al ver aquella escena, Mazas lanzó un bramido de ira y quiso abalanzarse sobre el soldado.

Paddock le contuvo, agarrándolo por un brazo.

—Quieto —dijo en voz baja—, no empeores la situación aún más.

—Pero ¡es que ese asesino..,!

—No puedes hacer nada. Te matarían igual y no conseguirías resucitar a esa infeliz. No te metas en nada, Juan; es un consejo de amigo.

—Está bien. Pero si un día...

—¡Miren, chicos! —exclamó Logan de pronto—. El bosque se acaba.

—Ya era hora —dijo Nader—. Tengo el estómago que no sé si es mío o de una vaca, a fuerza de ver tanto verde.

La procesión había llegado al lindero del bosque. Una vez allí, Paddock y sus compañeros pudieron ver un singular espectáculo.

Había una larga hilera de carros tirados por aquellos extraños semovientes de seis patas. Cada carro era tan grande como un vagón de ferrocarril de mediano tamaño y estaba cerrado en forma de jaula, con largos y sólidos barrotes de brillante metal rojizo que lucía al sol.

—Nosotros buscando unas docenas de kilos de cobre y aquí lo tienen por toneladas —se lamentó Logan.

Los carros eran unos diez o doce. Resultaba evidente que los atacantes habían confiado en hacer más prisioneros vivos, ya que cada uno de los vehículos podía contener hasta cincuenta personas, nada cómodamente, por supuesto. Los vehículos estaban sostenidos por seis enormes ruedas, en tres ejes, dos de lo cuales, los traseros, estaban más juntos entre sí con respecto al anterior. Para tirar de cada carro había una doble fila de a seis animales cada una, los cuales eran guiados por un auriga encaramado en un pescante situado en la parte anterior y superior del vehículo.

A golpes y empujones, los bosquimanos fueron obligados a penetrar en el interior del vehículo. Mientras se realizaba esta operación, Paddock miró a lo lejos. A un kilómetro de la linde del bosque, todo signo de vegetación desaparecía, siendo sustituido por un desierto árido, inhóspito, con algunas elevaciones rocosas que parecían túmulos funerarios en una sepultura gigantesca.

Cuando los bosquimanos hubieron sido encerrados en las jaulas con ruedas, les llegó el turno a los astronautas. En unión de Sheenit, Paddock y sus hombres pasaron al otro lado de una de las jaulas,

cuya puerta se cerró al instante con gran profusión de cerrojos.

Los soldados se distribuyeron por los carros de combate, amplios para contener a tres y cuatro individuos. Entonces, el jefe de la tropa dio una orden y la columna se puso en marcha a toda velocidad.

CAPÍTULO V

Los animales de tiro parecían infatigables. Llevaban ya cuatro horas de marcha a todo galope, por un terreno sumamente accidentado, sin que dieran la menor señal de fatiga. Iban dejando atrás una enorme nube de polvo que se divisaba a gran distancia.

Los rostros de los cautivos estaban blancos por el polvo acumulado en ellos a lo largo de horas, en tanto que sus cuerpos sufrían vivos dolores a causa de los innumerables golpes sufridos por el incesante traqueteo de los extraños carruajes. En vano era que se agarrasen a los barrotes para sostenerse; la violencia de los saltos y rebotes resultaba más fuerte que la potencia de sus músculos. Finalmente, tuvieron que desistir y tenderse en el suelo, a lo largo, como medio mejor de atenuar en lo posible el espantoso movimiento de los carros, en cuya estructura no se había advertido el menor quebranto en ningún instante. Paddock se estremeció al pensar en lo que sufrirían los desdichados bosquimanos amontonados como reses en sus carros. El hecho de que hubiesen querido alimentarse con su propio cuerpo no aminoró aquel sentimiento de lástima.

Antes de acabar la zona verde habían cruzado por un río de aguas cristalinas y poca profundidad, bastante ancho sin embargo. Los animales lo habían atravesado a todo galope, levantando enormes masas de espuma. Aguas arriba, sin embargo, y a unos diez o doce metros, Paddock había divisado grandes bandadas de peces de buen tamaño. Sheenit le había indicado por señas que ella los pescaba a diario. Quizá por haber adoptado algunas costumbres distintas de las de su tribu, Tazaar la había condenado también a muerte. En todo caso, era fácil ver que la muchacha conocía de sobra aquellos parajes y que la vida bajo los árboles no le satisfacía demasiado. Ello explicaba el tono dorado de su piel, que

contrastaba tanto con el pálido y sin color de los restantes miembros de la tribu. ¿Temían acaso a las incursiones de aquellos soldados, tan extrañamente vestidos «a la romana»? Pero, en todo caso, el ansia de comer carne humana les había perdido, haciéndoles olvidar su habitual prudencia. Quizá el jefe de la fuerza atacante había calculado bien lo que podía suceder y por ello había montado la emboscada.

Cuatro horas después de haber emprendido la marcha, avistaron un enorme edificio que surgía de la desértica llanura como una especie de monumento al colosalismo. Era una pirámide tremenda, de más de doscientos metros de altura, con escalones de a veinticinco cada uno, con una anchura en su base de un kilómetro por lo menos. La gigantesca construcción tenía todo el aire de una fortaleza que vigilase el desierto y en ella se veían numerosas ventanas, que más tenían aspecto de verdaderas aspilleras, todas ellas situadas en largas hileras en la parte alta de cada peldaño.

La caravana no se detuvo por ello. En lo alto de la pirámide había un mástil de cincuenta metros de altura, del cual pendía fláccidamente una bandera de tres colores: rojo, negro y azul claro. Había unos cuantos soldados al pie del mástil, los cuales agitaron los brazos al paso de la caravana, siendo correspondidos por sus compañeros.

A partir de la fortaleza, el suelo se hizo más liso y los traqueteos cesaron casi por completo, aliviando de esta manera los padecimientos de los cautivos, quienes pudieron sentarse en el suelo del carruaje.

—Bueno —respiró Vérault—, parece que las cosas se arreglan un poco.

Logan se puso en pie, se agarró a los barrotes del carruaje y trató de mirar hacia adelante. Tuvo que desistir a los pocos momentos, a causa del polvo levantado por los cascos de los animales de tiro, circunstancia agravada por el hecho de que iban a la cola de la columna.

—Lo que más me sorprende es la resistencia de los animales —dijo Logan al cabo de unos momentos. Afortunadamente, los bosquimanos les habían dejado sus relojes—. Llevamos ya cuatro horas y media galopando sin cesar y sin que las bestias den la menor señal de fatiga. ¿De qué clase de carne están hechas?

—Se me está ocurriendo una idea —manifestó Mazas de repente.

—¿Cuál? —preguntó Nader con desgana.

—Exportar caballos de seis patas a la Tierra. Nos forraríamos de oro, haciéndoles correr en los hipódromos.

—No te admitirían un animal que es capaz de galopar treinta y cinco o cuarenta kilómetros durante horas y horas —rebatió Logan.

—Entonces, como bestias de tiro. Tendrían un éxito loco, os lo aseguro.

—Lo anotaré en mi informe —manifestó Harriman—. Diré que es conveniente importar unas cuantas parejas de caballos hexápodos para ver si se pueden aclimatar en la Tierra.

—¿Caballos, ahora que sólo se ven en los hipódromos y en los jardines zoológicos? —rebatió Vérault en tono despectivo.

Los ojos de Harriman brillaron de rabia. Paddock intervino, tratando de desviar la conversación.

—¿A qué velocidad suponéis que corremos? ¿Podéis calcularlo?

Las opiniones diferían entre los treinta y los cuarenta kilómetros a la hora.

—Bien —dijo el joven al terminar de oír las opiniones—, pongamos una media de treinta y cinco. Puesto que llevamos rodando cuatro horas y media, significa que en ese espacio de tiempo hemos recorrido, aproximadamente, una distancia de ciento cincuenta o ciento sesenta kilómetros.

—Para un planeta que, al parecer, carece de automóviles, no está nada mal —aprobó Mazas.

—Estaría mejor todavía si les pusieran muelles y gomas a las ruedas —refunfuñó Vérault.

Los animales no daban señales de aminorar su velocidad. Paddock se sentó al lado de la muchacha y empezó a hablar con ella, tratando de hacerse entender y de hacerla comprender sus propósitos, sin obtener otro informe que el miedo que sentía Sheenit. Era evidente que ella conocía el destino que les aguardaba y sus esperanzas eran poco menos que nulas.

* * *

Diez horas después de haber partido del bosque, la caravana se desvió en ángulo recto hacia su izquierda y se detuvo de pronto.

El polvo se fue posando con lentitud.

—¡Al fin! —suspiró Mazas.

Vérault soltó una gruesa interjección.

—¡Rayos! ¿Adónde nos han traído estos pajarracos? ¿Quién fue el que dijo que Rikkel—5 estaba deshabitado?

Delante de los estupefactos ojos de los astronautas se elevaba una gigantesca construcción de forma piramidal, análoga a la que ya conocían, pero con la diferencia de su tamaño, muchísimo mayor. En efecto, la segunda pirámide, cuyo aspecto de fortaleza no se podía disimular, tenía una altura de quinientos metros por tres kilómetros de lado y, como la primera, subía escalonadamente, mediante peldaños de veinticinco metros de altura cada uno de ellos.

El número de peldaños se aproximaba a la veintena. Su anchura era doble de la altura y todos ellos tenían unos formidables parapetos de piedra, imposibles de destruir por medios ordinarios. Al otro lado y rodeado por una larguísima tapia de treinta metros de altura, con toda la apariencia de una muralla, podía divisarse un gigantesco jardín, cuya extensión cifró el joven en la misma que la de la base de la pirámide. Aparte de esta nota de verdor, debida a las copas de los árboles que sobresalían por encima del borde de la muralla, no se divisaba otra cosa que desierto, un desierto que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista.

Un soldado abrió la puerta de la jaula y les hizo señales para que saltaran al suelo. Molidos por el interminable viaje, los astronautas obedecieron la orden. Paddock ofreció su mano a Sheenit para que pudiera apearse.

El resto de los bosquimanos permanecía a un lado, en larga hilera, silenciosos y resignados como borregos. Algunos yacían en el suelo, en medio de charcos de su propia sangre: los guardias habían exterminado sin piedad a los débiles.

Los soles batían la tierra todavía con furia. El calor era insoportable.

Los bosquimanos fueron obligados a caminar hacia una gran puerta que se había abierto de repente en una de las bases de la pirámide. La puerta cerraba la entrada a una escalera que se perdía hacia abajo en el interior de la colosal construcción. Una vez que los prisioneros hubieron desaparecido en el interior de la fortaleza,

la puerta se cerró de nuevo.

Vérault soltó una risita.

—Parece que nosotros somos invitados de lujo —exclamó. Pero nadie sentía ganas de reír.

Unos cuantos de los soldados cargaban los cadáveres en un carromato. Mientras realizaban la fúnebre tarea, el jefe de la fuerza se acercó a los prisioneros y movió la mano, a la vez que emitía una orden perentoria.

Paddock y sus compañeros fueron empujados hacia otro sitio distinto de la fortaleza. Caminaron unos centenares de metros, hasta llegar al punto donde la base de la pirámide se unía al muro del jardín. Allí había otra puerta, a través de la cual fueron obligados a pasar.

El ambiente al otro lado era mucho más fresco. Salvo por los enormes árboles de tronco liso, los terrestres hubieran creído hallarse en un frondoso jardín de su propia patria. Abundaban los arbustos, las flores y las plantas ornamentales, así como los pequeños estanques con surtidores, que ponían una nota de consoladora frescura después de horas y horas de no ver otra cosa que un desierto árido y polvoriento.

El jefe habló unas palabras con Sheenit. Ésta agachó la cabeza con gesto resignado, asintiendo con mansedumbre a lo que le decían. Luego se volvió hacia el joven y le tendió las manos, a la vez que decía algo que Paddock no logró comprender. Pero su gesto era sumamente expresivo; segundos después, giró sobre sus talones y se dejó llevar, flanqueada por dos soldados.

—Pero, ¡qué bien desempeña su papel! —exclamó el muchacho con amargo sarcasmo—. Nos atrapó a nosotros, entregó a su pueblo, suponiendo que ella pertenezca a la tribu de caníbales... y ahora se marcha tan fresca y tan campante.

Paddock le dirigió una furiosa mirada.

—Nick, estás empezando a cansarme. Te he perdonado muchas cosas en atención a tus pocos años, pero si no te portas con mayor comedimiento, te romperé los dientes de un buen puñetazo.

Vérault abrió la boca, estupefacto ante la inesperada explosión de ira de su jefe, cosa desacostumbrada en éste. Antes de que pudiera replicar, el jefe les hizo señas de que le siguieran.

Atravesaron la misma puerta por la que había desaparecido

Sheenit, y caminaron a lo largo de un corredor, tenuemente iluminado. Sin embargo, no tuvieron que caminar demasiado; a los quince o veinte metros, el jefe volvió a abrir otra puerta, haciéndoles señas de que pasaran al otro lado.

Paddock cruzó el umbral. Los demás le siguieron. Apenas franqueada, alguien cerró la puerta con seco golpe.

La habitación era amplia y espaciosa. La luz y el aire penetraban en ella por unas altas aspilleras, insuficientes, sin embargo, para permitir el paso a una persona.

Estaba dividida en dos mitades por un pequeño tabique de la altura de un hombre. El tabique, sencillo, tenía una abertura en el extremo opuesto.

En la primera parte de la estancia había una mesa, seis sillas y seis cómodas literas. La mesa estaba bien provista de viandas.

—Por lo menos, no piensan matarnos de hambre —dijo Mazas, agarrando una fruta parecida a la manzana terrestre.

Nader lanzó de pronto un grito.

—Eh, muchachos, mirad.

Estaba en la abertura de la divisoria. Paddock se acercó y pasó al otro lado, donde vio una gran pileta llena de agua, la cual se renovaba continuamente por medio de un chorro de cinco centímetros que vertía sin cesar. Supuso que el desagüe debía hallarse en la parte inferior del estanque, cuyas dimensiones eran de unos seis metros de largo por cuatro de anchura y uno y medio de profundidad.

Los lavabos y sanitarios estaban en un rincón, así como unos colgadores con toallas y ropas limpias.

—Bien —dijo Logan, empezando a quitarse sus ropas, sucias, polvorientas, manchadas por el sudor y la humedad de días y días —, al menos parece que esta gente sabe lo que es la higiene.

Y sin vacilar, una vez se hubo desnudado, se lanzó al agua, sin quitarse siquiera las gafas.

Paddock se bañó también. En realidad, estaba necesitado de una buena limpieza. Hubiera deseado igualmente afeitarse, pero, por más que buscó entre los útiles de aseo que les habían facilitado, no encontró ninguna navaja.

—Las consideran como armas y por ello prefieren vemos barbudos —opinó Mazas.

Después de haberse aseado y cambiado de ropa —una simple camisa y unos pantalones cortos—, consumieron ávidamente los alimentos que había sobre la mesa: frutas de agradable sabor y una especie de filetes de una sustancia con vago parecido a la ternera terrestre, adobados con una salsa un poco picante que añadía más sabor a la carne. Había también unas pequeñas galletitas de textura farinácea, pero con sabor a fruta, y unas botellas de un líquido verdoso, cuyo aroma y saber recordaban bastante al jerez terrestre.

Cuando terminaron, los soles de Rikkel—5 se aproximaban ya a su ocaso. Puesto que no había lámparas ni señal de las mismas en la estancia, les era forzoso acostarse antes de que llegasen las tinieblas. Y así lo hicieron, distribuyéndose los lechos sin discusiones.

Paddock tardó bastante en dormirse. Escuchaba las conversaciones de sus compañeros, que se entretenían realizando toda suerte de cábalas, y conjeturas acerca de la suerte que les aguardaba. Paddock no intervino en la conversación, parte porque no tenía ganas de hablar, parte porque estaba muy entretenido en sus reflexiones.

De todos los que estaban allí, el único que tenía una idea notablemente aproximada, si no de la suerte que les aguardaba, sí del lugar en que se hallaban, era él.

CAPÍTULO VI

La puerta se abrió con brusquedad. Los prisioneros habían desayunado los sobrantes de la cena de la noche anterior.

—Salid —ordenó un individuo, con voz que parecía un rugido.

—¡Vaya! —exclamó el muchacho—. Si habla nuestro idioma.

—Calla — recomendó Paddock.

—Tú siempre estás prohibiéndome...

Logan le apretó el brazo.

—Cuando Red dice que te calles, te callas. Él sabe lo que se hace, ¿estamos?

—A veces, dudo que me consideréis como un hombre —se quejó Vérault.

—Todavía te falta un poco para serlo —rió Mazas—. De todos

nosotros, eres el único que no necesita la navaja de afeitar.

Vérault le miró muy enfurecido, pero no dijo nada. Logan le empujaba ya hacía la salida de la estancia. Fuera, en el pasillo, aguardaban una docena de guardias armados hasta los dientes, en dos filas. Los prisioneros, sin necesidad de que nadie se lo ordenara, se colocaron en el centro.

La comitiva rompió la marcha en seguida, caminando a lo largo del pasillo, por espacio de medio centenar de metros, al cabo de los cuales emprendieron la ascensión de una escalera de amplios peldaños, que ganaba altura retorciéndose en espiral sobre sí misma.

Subieron unos cien peldaños, hasta detenerse en una vasta sala de gran amplitud, con iluminación cenital, en uno de cuyos lados se divisaba una gran puerta, de un material que parecía el mismo que el empleado en la fabricación de las armas de los guardias. Al cabo de un par de minutos de espera, la puerta se abrió, dejando ver un corredor cuyo término no se podía adivinar.

—Seguid —dijo el jefe de la patrulla.

El túnel era amplio y permitía una marcha cómoda y sin agobios.

Recibía la luz por lucernas abiertas en su parte alta de trecho en trecho. Paddock hizo algunos cálculos, y llegó a la conclusión de que el grupo de lucernas correspondía a las mesetas externas de los peldaños de la gigantesca pirámide.

De cuando en cuando, veían alguna puerta cerrada o alguna escalera ascendente o descendente que se perdían en las profundidades de aquella misteriosa fortaleza, en cuyo interior reinaba el más absoluto silencio, roto únicamente por el tenue chap —chap de las pisadas. Una vez o dos los cautivos creyeron oír un grito de agonía procedente de las profundidades de la colosal pirámide, pero ninguno de ellos hubiera podido asegurarlo de un modo rotundo.

La marcha se prolongó durante un cuarto de hora largo, al cabo de cuyo tiempo se detuvieron ante otra puerta de metal, que señalaba el final del que había parecido interminable túnel, cuyos últimos metros estaban sumidos en una casi total oscuridad. El jefe de los guardias golpeó la puerta y ésta se abrió casi al instante.

La habitación siguiente aparecía iluminada con algo que

semejaba antorchas de grasa. Allí había dos hombres, junto a una gran plataforma de tablas de metal, suspendida por cuatro cuerdas que se unían en otra más sólida en el centro, a cinco o seis metros de altura. La plataforma era enorme y ocupaba casi toda la extensión del cubículo, cuyo diámetro era de casi doce metros.

Los astronautas pasaron a la plataforma, acompañados por sus custodios, los cuales les colocaron en el centro. Entonces, uno de los hombres que estaban en la habitación emitió un penetrante y agudo silbido.

La plataforma empezó a subir con ligeros estremecimientos. Paddock levantó la vista hacia arriba, sin poder divisar el término de aquel enorme tubo, que, según sus cálculos, se hallaba en el centro exacto de la pirámide. Lentamente, el rudimentario ascensor fue ganando altura, hasta detenerse en otra habitación parecida, a unos cuatrocientos metros sobre el punto de partida. La estancia era mayor que la anterior y disponía de otra puerta de salida.

Paddock volvió a mirar hacia arriba. A veinticinco metros divisó una colosal rueda de polea por la que pasaba la cuerda sustentadora del ascensor que luego iba a enrollarse en un cabrestante, cuyo tambor no podía distinguirse desde el punto en que se hallaban. Paddock supuso acertadamente que los movimientos del ascensor debían realizarse a base de brazos, ya que hasta entonces no habían advertido el menor indicio del empleo por parte de aquellos sujetos de ninguna forma de energía que se pareciese ni remotamente a la eléctrica.

Una vez fuera de la plataforma, pasaron a través de la puerta y siguieron por otro corredor, de unos veinte metros de longitud, y cerrado asimismo por otra puerta de metal. El jefe llamó.

Esperaron como cinco minutos largos. Al cabo de ese tiempo se abrió la puerta, y un hombre, con coraza ricamente trabajada, apareció bajo el dintel. Habló brevemente con el jefe de los guardianes y éste movió la mano.

—Pasa —invitó.

Paddock cruzó el umbral, seguido de sus compañeros. Al hacerlo, se encontró en una gran sala abovedada, con varios ventanales enormes, sin vidrieras, en uno de sus lados. La sala tenía forma rectangular y su suelo era liso y muy pulido, espejeante. A la derecha de la entrada se divisaba un estrado de sencilla factura, con

un sillón de metal adornado con esmaltes de vivos colores, de forma casi romana, y el respaldo al mismo nivel de los brazos. Detrás del sillón había una gran tela con tres anchas bandas verticales en rojo, negro y azul claro, Sentada en el sillón había una mujer de gran belleza.

Los prisioneros avanzaron hasta situarse a corta distancia de aquella especie de trono, que estaba separado del suelo por tres peldaños muy anchos. A la derecha de la mujer y sentada en una especie de escabel bajo, estaba Sheenit, vestida con una flotante túnica de color verde claro.

—Ya decía yo que esa bruja nos había atraído a una encerrona —masculló Vérault.

La mujer que ocupaba el sillón era muy hermosa, de busto exuberante, cubierto por un peto de metal semejante a una coraza, y talle delgado y esbelto. Ceñía su frente una diadema de aquel mismo metal, adornada con lo que parecían ser piedras preciosas, y su vestimenta, aunque lujosa, no pecaba de moderada, precisamente; al parecer no le importaba demasiado que se le viera un buen trozo de las piernas, maravillosamente torneadas.

Sonreía de un modo singular. Sin embargo, aunque no era vieja ni mucho menos, ya había pasado la edad de su primera juventud. En la Tierra hubiera contado unos treinta y cinco años, pese a lo cual su indudable hermosura resultaba perturbadora y sugestiva.

Hubo una pausa de largo silencio cuando los seis prisioneros se hubieron detenido a unos dos pasos del primer peldaño. Entonces, la mujer distendió los labios en una amplia sonrisa, de equívoco significado, y dijo:

—Hola, Hedden Martinson. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos la última vez? ¿Ocho años? ¿Nueve? ¿O han sido diez, Hedden Martinson?

* * *

Logan fue el primero en reaccionar, al darse cuenta de lo que podía suceder si no intervenía rápidamente. Extendió la mano izquierda y atrapó el brazo del muchacho, situado a su lado.

Vérault bramaba de furor.

—¡Quieto! —siseó Logan.

—Pero es que este maldito bastardo...

—Ten un poco de calma, muchacho —recomendó el metalista—. Escucha y calla; ya llegará la hora de actuar. Antes de acusar a Paddock, será mejor que oigamos lo que tiene que decir en su descargo. ¡Calla, te repito!

Vérault se contuvo, aunque en su interior rugía de ira. Dos pasos a su derecha, Paddock miraba fijamente a la mujer.

—¿No me contestas, Hedden? —preguntó ésta.

—¿Qué quieres que te diga, Devinea? —exclamó el joven—. Estamos de nuevo frente a frente. Como hace diez años, sí, tienes razón. Son diez años. ¿Me permites que te diga que no has cambiado nada desde entonces y que sigues tan hermosa o más todavía que en aquella época?

Ella frunció el ceño.

—No me vengas con adulaciones, Hedden Martinson —dijo en tono desabrido—. Una vez fui tan tonta, que incluso llegué a creer en ti. Es cierto, hace diez años, de tu planeta, naturalmente, y por supuesto yo era diez años más joven y poseía una cantidad infinita de estupidez. Te aseguro que ahora no me harás nada semejante, Hedden.

—Ahora me llamo Paddock, Red Paddock —contestó el joven inexpresivamente.

—¿Ah, sí? Vaya, observo que cambias de nombre tan fácilmente como de sentimientos.

—El hombre debe acomodarse a las circunstancias, Devinea.

—Una moral muy particular, Hedden... O Red, como quiera que te llames. Te llamaré Red, sí; es muy corto y más cómodo de pronunciar —hizo una pausa mientras sus ojos lucían llameantes—. Después de lo que me hiciste, ¿te imaginas lo que puede ocurrirte ahora?

—Estoy en tus manos, Devinea —respondió Paddock sin inmutarse—. Pero me parece que tu memoria no es buena o, en todo caso, resulta harto acomodaticia. Tú también pareces olvidar lo que sucedió hace diez años.

—¡Calla! —gritó ella de repente, muy agitada, con el opulento busto alterado por una espasmódica respiración—. ¡No me lo recuerdes siquiera, maldito!

—Creo que lo mejor sería dejarnos de rodeos, Devinea. ¿Por qué

no nos dices de una vez cuál es nuestro destino?

La mujer sonrió con perversidad no disimulada.

—¿No te lo imaginas, Red?

—Viniendo de ti, cualquier cosa puede esperarse —dijo él sin parecer preocuparse—. Tengo una pequeña experiencia sobre el particular.

—¡No vuelvas a repetirlo! —vociferó Devinea con tono crispado —. ¡No lo repitas o haré que te destrocen la espalda a latigazos!

—O mandarás que tus esbirros me degüellen, como han hecho con una serie de personas inofensivas.

—Son seres inferiores, salvajes, caníbales —barbotó Devinea, con tono de sumo desprecio—. Es una tribu, como otras, de bosquimanos, que tú ya conoces, destinada a la desaparición. ¿Qué más da que mueran todos un año antes o después?

—Parece ser que en el caso de los arborícolas has hecho alguna excepción, Devinea —comentó el joven en tono intrascendente, refiriéndose a la muchacha que ella tenía a su derecha.

Devinea soltó una corta carcajada.

—Ah, ¿te refieres a mi hermanastra Sheenit? Es una estúpida. Creyó que podría atraerse a los caníbales por medio de la bondad y de la persuasión. Estuvo a punto de ir a parar al estómago de esos salvajes... ¡y se lo hubiera tenido bien merecido!

—A juzgar por tus esfuerzos, es indudable que ese panorama no te seducía en exceso —dijo Paddock, disimulando su sorpresa.

—Aunque tonta, no deja de ser mi hermana; a fin de cuentas, tuvimos el mismo padre. Debo velar por su existencia; eso es todo.

—Cuando estuve aquí la otra vez, no me hablaste para nada de Sheenit.

—Ella tenía entonces doce años, según vuestro cómputo temporal, claro. Y —Devinea añadió maliciosamente—, en aquella época tú no estabas para ocuparte demasiado de los parientes de tu... ¿cómo lo llamáis en la Tierra? De un modo suave, sin dañar, con delicadeza. ¿Qué era yo para ti entonces?

—Date la respuesta tú misma —respondió Paddock, un poco envarado.

Un relámpago de ira brilló en las pupilas de Devinea, de un tono algo más claro que las de Sheenit.

—Sí, ya conozco la respuesta, Red Paddock. Pero tú no conoces

todavía los resultados de dicha respuesta. Pronto tendrás ocasión de experimentarlos. Y tus compañeros también.

—A ellos, déjalos fuera de este asunto —dijo Paddock—. Son inocentes de nuestro problema y no es justo que sufran las consecuencias.

—Pero son terrestres —Devinea avanzó el busto en actitud belicosa—. ¿Te imaginas que no sé lo que pretendéis? Ya en una ocasión lo intentaste y aunque no obtuviste los resultados que esperabas, en cambio sí lograste huir. Te aseguro que ahora no sucederá lo mismo.

En aquel momento, Harriman dio un paso hacia adelante.

—Señora —declaró en tono campanudo—, soy Censor Comercial de la Unión Estelar, con autoridad para los sectores IV y IX, los cuales, aunque alejados en la numeración ordinal, están, sin embargo, contiguos en el espacio. En nombre, pues, de esa Unión Estelar, la requiero a que nos deje libres y nos facilite los medios de regreso hasta nuestra astronave. Las leyes comunes de la U.E. expresan claramente las sanciones que serán impuestas a los violadores...

—¡Las Leyes Comunes y la Unión Estelar me importan un rábano, maldito esqueleto! —le apostrofó Devinea con violencia—. ¡Unión Estelar! —añadió, muy enfadada—. En Psitarl—02 no mandará otra persona que no sea yo... al menos mientras me quede un átomo de vida para defender mis derechos —extendió un brazo con gesto colérico—. Y si vuelves a despegar los labios sin mi permiso, haré que te decapiten aquí mismo.

Harriman se acobardó. Era hombre de burocracia, no de acción; y aunque el empleo le agradaba, no sólo por la suculenta retribución con que estaba dotado, sino por la autoridad que le confería sobre los astronautas dedicados al comercio interestelar, la idea de la violencia le horrorizaba muchísimo. Asustado, retrocedió, ante la evidente complacencia de Devinea.

Ésta volvió sus ojos hacia Paddock.

—Quieres saber lo que voy a hacer contigo, ¿verdad?

Paddock alzó los hombros.

—Estoy en tus manos —contestó—. Sería inútil rebelarme.

—No tardarás mucho en saberlo. Seguramente, tú querrías un fin rápido... pero ¿de qué me serviría ordenar que te decapitasen

aquí? La diversión se acabaría en unos segundos y además me mancharías el suelo con tu sangre. No, vivo me serás más útil, Red Paddock. Lo mismo que tus compañeros.

El joven se estremeció. Sin embargo, supo dominarse.

—Me gustaría decirte lo que pienso, Devinea.

—Puedes hablar con toda confianza, Red Paddock. No te lo impediré.

—Pues bien, te lo diré. En primer lugar, no deseas la menor ingerencia en tus asuntos por parte de la Unión Estelar. A cambio de una pequeña pérdida de tu independencia, obtendrías una serie de beneficios incalculables que no quieres aceptar, sólo por un vano y estúpido orgullo, por un mal entendido sentido de la independencia que sólo perjuicios ocasiona a ti y a Psitarl—02.

—No quiero intromisiones en Psitarl—02 —gritó ella—. Tú lo sabes bien, Red Paddock.

—Y en su lugar —añadió él, sin perder la compostura—, te portas así por despecho... por la rabia que sientes al darte cuenta de que en diez años no has podido olvidarme, Devinea.

Las facciones de la mujer se contorsionaron de una forma horrible, al par que sus ojos despedían relámpagos de ira. Extendiendo el brazo con ademán colérico, gritó:

—¡Llevadlos de nuevo a su encierro! ¡Luego haré saber cuál es mi decisión respecto a estos miserables!

La media docena de hombres que había en el salón empujaron a los prisioneros hacia la salida.

Antes de abandonar la pieza, Paddock dirigió una mirada hacia Sheenit. El rostro de la muchacha aparecía impasible, pero él creyó hallar en sus oscuras pupilas el resplandor de una chispa de esperanza.

CAPÍTULO VII

Apenas estuvieron de nuevo en su encierro, Vérault se arrojó sobre Paddock.

—¡Maldito! ¿Quieres explicarme...?

El joven lo agarró por los hombros y le sujetó con fuerza. Así, Vérault quedó impedido de hacer el menor movimiento.

—¡Imbécil! ¡Tan imbécil como tu hermano! ¡Quédate quieto y no vuelvas a insultarme o te romperé todos los huesos uno por uno! ¿Me has entendido? Hablo muy en serio.

Vérault abrió los ojos y la boca de par en par, atónito por la inesperada respuesta de Paddock. Éste lo mantuvo sujeto durante unos momentos todavía; luego lo soltó.

En medio de un silencio absoluto, dijo:

—Juan, sitúate junto a la puerta y avisa si oyes algo anormal.

—Sí, Red —dijo Mazas obedientemente, aunque sin entender lo que se proponía el joven.

Paddock se colocó junto a la mesa. Abrió la camisa y dejó su torso al descubierto. Luego, con la mano derecha, hurgó en el costado del otro lado y, al cabo de unos segundos, levantó lo que parecía ser un trozo de epidermis de unos diez centímetros de largo por seis de ancho.

Volvió el fragmento de falsa piel, dejando al descubierto una tarjeta oblonga de dimensiones algo menores. Despegó la tarjeta de la piel y se la entregó a Harriman.

—Son mis credenciales —dijo—. Pertenezco al Servicio Secreto, Sección Comercial, de la Unión Estelar. Como pertenecía también André Vérault antes de perder el juicio.

—¿Por qué no lo dijo antes? —farfulló Harriman, molesto.

—Tenía mis razones para ello.

—¿Qué razones? —preguntó Vérault, sin haber perdido del todo su agresividad.

—Devinea —respondió el joven—. Teníamos informes de que había habido una sublevación y que había perecido, pero esos informes, al parecer, eran falsos. No me extrañaría que fuese ella misma la que los hubiese propalado, a fin de seguir tranquila,

—Bueno —dijo Logan—, ¿y se puede saber qué es lo que ocurrió hace diez años?

—Claro —respondió el joven—. Vérault —entonces no se llamaba así—, y yo desembarcamos con siete u ocho compañeros más, todos pertenecientes a la «Poseidón». Por supuesto, ellos ignoraban que pertenecíamos al Servicio Secreto. Nuestra misión consistía en obtener el consentimiento de Devinea para entrar a formar parte de la Unión Estelar dado que estaban interesados en su cooperación.

»No voy a entrar en detalles de las peripecias que corrimos. Hasta entonces, Devinea y sus antecesores habían tratado bien a los comerciantes interestelares, aunque exigiéndoles unas regalías inaceptables en otros planetas. La Unión quería acabar con semejante estado de cosas, presionada, naturalmente, por sus miembros más influyentes. Era preciso integrar a Psitarl—02 en la Unión...

—¿Y por qué no se empleó la fuerza? —exclamó Vérault—. La Unión es lo suficientemente poderosa para obligar a Devinea a claudicar a poco que se lo proponga.

Paddock le dirigió una larga mirada.

—Olvidas la opinión pública, muchacho. La opinión pública es un monstruo de reacciones tan absurdas como contradictorias. Exige que Psitarl—02 pase a formar parte de la Unión, pero al mismo tiempo desea que se empleen medios pacíficos. La época en que se podía conquistar un planeta a sangre y fuego, está ya muy lejos. Aunque las gentes de ese planeta sean caníbales, es preciso emplear otros medios: la persuasión, la diplomacia... y la traición, si es preciso, pero procurando siempre guardar las apariencias. Es actuar con hipocresía, lo sé; pero peor sería empezar a derruir los fuertes de Devinea a bombazo limpio.

—Está bien —dijo Vérault con impaciencia—. ¿Y qué sucedió entonces?

Mientras hablaba, Paddock había vuelto la tarjeta a su sitio.

—Pues que Devinea estaba a punto de rendirse cuando... —miró fijamente al muchacho—. Lo siento, pero fue así. Tu hermano se embriagó y soltó todo a una... También él tenía su pequeño enredo en Psitarl—02, como todos los astronautas que habíamos desembarcado. Se fue de la lengua y su chica no perdió un segundo en contárselo a Devinea. Esto le supo muy mal a ella... Estaba ya a punto de rendirse, es la verdad. Un par de semanas más, y habría firmado el pacto de agregación a la Unión sin mayor inconveniente. Pero se enteró demasiado pronto y estalló en cólera.

»Su castigo consistió en entregarnos a los bosquimanos antropófagos. Éstos fueron matando uno por uno a los demás astronautas... y comiéndoselos delante de nuestros ojos. André enloqueció como consecuencia de las horribles escenas que se vio obligado a presenciar. Realmente, no sé todavía cómo yo no perdí

también la razón ante la brutalidad y horror del espectáculo.

»Abreviando, la víspera del día en que uno de los dos debíamos morir —todavía ignoro cuál hubiera sido de los dos—, conseguí soltarme las ligaduras y llevarme a André conmigo. Tuvimos suerte; ese alimento que nos dieron y que ellos utilizan mucho, extrayéndolo de los brotes tiernos de los árboles, es ligeramente narcótico. Dormían profundamente y pudimos escapar. La astronave estaba en el mismo sitio... los esfuerzos de los hombres de Devinea para destruirla habían resultado inútiles. No hubo patrulla de rescate ni André se quedó jamás solo, pese a lo que haya dicho después. Eso es todo.

—Todo no —dijo Logan, reflexivamente—. ¿Por qué tiene la Unión tanto interés en Psitarl—02?

Paddock lo miró con fijeza.

—En primer lugar, está el fósforo radiactivo, del cual hay algunos yacimientos en estado completamente puro. Después, Psitarl—02 es un planeta fértil, prácticamente desierto; entre los hombres de Devinea, y los bosquimanos, de los cuales hay algunas otras tribus, apenas si sumarán cinco a seis millones. Es un planeta fácilmente colonizable, por tanto; y más si se considera la abundancia de los caballos hexápodos, que tan buen resultado podrían dar en los primeros tiempos de la colonización, en tanto se iba mecanizando el planeta. Pero aún hay más y de verdadera importancia.

»¿Os habéis fijado en las armaduras de los guerreros? Puede decirse que es el único metal que se ve en Psitarl—02, aunque es lógico suponer la existencia de otros, no tan interesantes, sin embargo.

—Parece cobre, yo juraría que lo es —dijo Logan.

—«Es» cobre. Cobre—10, en estado purísimo. Basta sólo trabajarlo en la forma conveniente para obtener un condensador principal estelar, sin costosos hornos y laboratorios que transformen el cobre ordinario en Cobre—10. La Unión está muy interesada en disponer de unos yacimientos propiedad de un asociado, al cual se le fijará un precio elevado, pero racional; no el que Devinea quiera.

—¿Y si Devinea no quiere adherirse a la Unión? —preguntó Nader—. Porque todas las trazas son de que sigue queriendo continuar independiente.

—El juego no ha concluido todavía —manifestó Paddock.

—Tú sabías que estábamos en Psitarl—02 —insistió Vérault, en tono acusador—. ¿Por qué mentiste?

—¿Qué hubieras hecho desde el primer momento si lo hubieses sabido? —replicó el joven—. Ahora ya no importa, pero no quería alarmar a los demás con ciertas historias sobre caníbales.

—Mi hermano te consideró como un traidor —masculló Vérault con rencor en el tono de su voz.

—Aparte de sus deficiencias mentales, André siempre consideró la situación desde un punto de vista muy peculiar. No trato de ofenderle, pero no resultó el hombre más adecuado para la misión. Era demasiado impulsivo y siempre lo pensó al ver que, mera coincidencia o bien por indicación de Devinea, los bosquimanos nos reservaban para el final. Estoy por creer que fue más bien debido a un detalle de sadismo de Devinea, pero André pensó siempre que yo les había traicionado y que cuando él hubiese muerto, los caníbales me soltarían. Es lo que siempre creyó y lo que siempre ha sostenido en sus raros momentos de lucidez.

—A pesar de todo, no te creo —dijo el muchacho, desafiador.

Paddock alzó los hombros.

—La Unión me ha confiado de nuevo la misma misión, al cabo de unos años. Ésa es la mejor prueba de que cuanto digo es verdad.

Vérault soltó una risita,

—Quizá es un castigo. Si fracasas, Devinea o la Unión te castigarán de alguna forma. Y si triunfas, habrás recobrado tu prestigio, acaso a costa de nuestras vidas.

—Siempre tienes el maldito vicio de hablar cuando no debes —gruñó el metalista—. Por mi parte, creo sinceramente lo que ha dicho Red.

—¡Vosotros estáis siempre a su lado! —exclamó Vérault, furioso—. Pero a mí no me engaña…

—¡Silencio! —dijo Mazas en aquel momento—. ¡Alguien viene!

—¡Cuidado! —recomendó Paddock—. Sobre todo, no hagáis nada. Obedeced siempre las órdenes que os dan y procurad portaros comedidamente. Es la única posibilidad que tenemos de salir con vida, ¿estamos?

La puerta se abrió de golpe en aquellos momentos.

—¡Venid! —ordenó un guardia abruptamente.

Los prisioneros salieron y fueron colocándose en silencio entre dos filas de guardias. De nuevo fueron conducidos a aquel singular ascensor, el cual, en esta ocasión, en lugar de elevarse, descendió durante largo rato hacia las entrañas del planeta.

Paddock calculo que, en el momento de la detención, el ascensor habría recorrido unos quinientos metros en sentido vertical. Una vez hubo cesado el movimiento de descenso, los prisioneros fueron expulsados fuera de la plataforma. Entonces, llenos de asombro, contemplaron el increíble espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Hallábanse en una colosal caverna, iluminada por millares y millares de cuencos que contenían fósforo radiactivo, lo que confería al lugar un aspecto tétrico. Centenares de personas de ambos sexos se afanaban en arrancar, con las manos o con rudimentarios instrumentos, trozos de roca de las paredes de la descomunal caverna, cuyas dimensiones no podían calcularse en cuanto a longitud, ya que se perdía de vista hacia lo lejos. Su altura era de unos setenta metros y la anchura de tres o cuatro veces más.

Los esclavos, pues tales eran, arrojaban los pedruscos que arrancaban, en unas rudimentarias cintas transportadoras, movidas por decenas de brazos, las cuales llevaban el mineral hasta dos o tres enormes molinos trituradores que funcionaban sin descanso. El producto obtenido era arrojado luego a otros cangilones que ascendían lentamente hasta perderse en un orificio circular abierto en la bóveda de la oquedad. Para mover el transportador vertical, se empleaba una gigantesca rueda, parecida a una noria, sustentada por unos fenomenales armazones de madera y que se movía de una forma que dejó atónitos a los terrestres: por medio de una especie de molino horizontal, cilíndrico, de largas varas planas, en tres o cuatro de las cuales, paralelas e inmediatas, había hasta un centenar de infelices moviendo los pies continuamente, con lo que no sólo proporcionaban a la noria la potencia suficiente para girar e impulsar los cangilones repletos de mineral, sino que, además, evitaban de este modo ser arrollados por una de las varas del molino en su incesante volteo.

—¡Dios, qué espectáculo! —exclamó Mazas, santiguándose.

Como metalista, Logan lo encontró interesantísimo.

—Es fascinador —dijo; pero su opinión sufrió un duro quebranto cuando unos segundos después, un látigo chasqueó en el aire,

aunque sin llegar a tocarles.

Los seis astronautas se volvieron. El jefe de la patrulla que les había acompañado les señalaba el molino.

—¡Allí! —indicó.

—Bueno —aceptó Nader filosóficamente—, parece que vamos a desempeñar el papel de caballos de vapor.

—Cuando regrese, emitiré un enérgico informe… —empezó a decir Harriman.

El muchacho le interrumpió.

—Olvídese del regreso, viejo —manifestó, con notoria falta de respeto—. ¿Cree que estos bandidos le van a dejar salir de aquí?

El látigo chasqueó de nuevo.

—Vamos antes de que nos peguen de verdad —recomendó Paddock.

En seguida subió a una de las varas del molino y empezó a mover los pies alternativamente; y también las manos, pues le era necesario hacerlo de tal modo para mantener el equilibrio.

El ejercicio era fatigosísimo. Los hombres que ya estaban allí, sudaban a chorros, vestidos apenas con unos andrajos que ni el nombre de tales merecían, y tenían los ojos fuera de las órbitas y la respiración jadeante, casi estertorosa. Era como mover las piernas para subir a una escalera sin fin, de millones de peldaños, un pie tras otro, lenta, incesantemente; un ejercicio en apariencia no demasiado fuerte, pero que al cabo de horas y horas extenuaba al hombre más corpulento.

CAPÍTULO VIII

Empapados de sudor, con las costillas marcándoseles claramente a través de la piel y las ropas convertidas en unos harapos, los seis terrestres se dejaron caer en las yacijas que ocupaban habitualmente cuando no trabajaban en el molino.

En poco más de una semana, sus rostros se habían afilado, los pómulos les sobresalían y las ropas nuevas que les habían entregado aparecían sucias y desgarradas. Harriman era quien presentaba peor aspecto de todos ellos; tenía los ojos cerrados, el rostro lívido y su pecho se hinchaba y deshinchaba con ruidoso resuello. Como era

algo más viejo que el resto de los astronautas y, además, estaba poco habituado a trabajos físicos, el durísimo del molino tenía que hacerse sentir, a la fuerza, sobre su organismo.

Paddock lo miró y movió la cabeza. Si la cosa duraba un par de semanas más —y tenía todas las trazas de durar mucho, muchísimo más—, Harriman no lo resistiría. Un día, despertaría muerto en su yacija, a consecuencia de un colapso durante las horas de sueño, o bien le fallarían las fuerzas y caería en los engranajes del molino. Paddock había visto ya caer a media docena de prisioneros, que fueron triturados por aquella diabólica maquinaria que no se interrumpía un solo momento, absolutamente por ninguna causa. Cada vez que recordaba los horribles gritos de aquellos desdichados, se le ponían los pelos de punta.

Dos prisioneros pasaron con un gran caldero que contenía una sustancia muy parecida a la que habían comido durante su breve estancia con los arborícolas. Paddock y sus hombres presentaron sus cuencos y empezaron a comer con avidez. Era una sopa espesa y, posiblemente, nutritiva, pero insípida y, por lo mismo, poco agradable de tomar.

—La Unión debiera hacer algo para evitar este estado de cosas —dijo de pronto el muchacho, rabiosamente.

—La Unión no se mete nunca en los asuntos internos de un planeta. Cada planeta tiene derecho a establecer su propio sistema de gobierno, recuérdalo —le informó Logan.

—Pero la esclavitud está prohibida en la Carta de las Estrellas...

—La Carta de las Estrellas sólo es aplicable a los planetas miembros de la Unión —objetó el metalista—. Y, que yo recuerde, Psitarl—02 no lo es.

Paddock se dio cuenta de repente que el Censor seguía tendido en el suelo, sin tocar el cuenco de sopa que tenía al lado. Dejó el suyo sobre una piedra y se esforzó por hacer sentar al individuo.

—Vamos, Censor —dijo—, tiene que comer. Debe mantenerse firme, de lo contrario, morirá.

—Poco me importa ya —respondió Harriman apagadamente—. Muchacho, si un día vuelve a Tierra, informe a la Cámara de Comercio que sucumbí cumpliendo con mi deber en todo momento...

—Claro, claro —se apresuró a decir Paddock —pero, mientras

tanto...

Un sujeto armado le interrumpió de pronto. Extendió el mango de su látigo y gruñó:

—Tú, venir.

Paddock lo miró, asombrado. El guardia insistió.

—Rápido, rápido.

El joven volvió la vista hacia sus compañeros de cautiverio.

—Ignoro de qué se trata —manifestó—, pero volveré lo antes posible. Andy —se dirigió al metalista—, procura que el Censor coma.

—Sí, Red.

Vérault se quedó mirando al joven mientras se alejaba.

—Lo mismo hizo con mi hermano —masculló rabioso.

—¡Cállate, maldito imbécil! —le apostrofó Mazas con violencia—. Eres el terrestre más grande que he conocido: cada palabra que pronuncias son dos tonterías, mientras que las nuestras sólo contienen una y aún eso con esfuerzo.

Nader soltó el trapo de la risa, exhalando una estentórea carcajada ante la chusca salida del español. Vérault se puso muy furioso, pero no dijo nada.

* * *

Vestido con ropas limpias, bañado y bien alimentado y, ¡oh, placer!, afeitado por primera vez después de casi un mes, Paddock fue introducido en una pequeña habitación, amueblada con sencillez casi espartana, pero con gusto exquisito.

El joven se había imaginado desde el primer momento de quién procedía la llamada y también se suponía lo que iba a tratar con Devinea. No obstante, su espíritu no había sufrido la menor alteración un solo instante.

Devinea estaba allí, en pie junto a un ventanal, desde el cual se divisaba una enorme extensión del desierto. Desprovista de sus suntuosos atavíos, vestía tan sólo unos livianos ropajes de tela casi transparente, los cuales, por efectos del contraluz, proporcionaban una grata visión, en silueta, de las mórbidas curvas de su encantadora anatomía.

En el centro de la pieza había unas bandejas con alimentos y una

garrafita de vino. Sin decir una sola palabra, Paddock tomó la garrafita y se llenó una copa, cuyo contenido saboreó en silencio.

—Te portas como si fueras el dueño de todo esto —dijo Devinea con acritud en su voz.

Paddock terminó la copa de vino. Luego, sentándose ante la mesa, cogió un racimo de una fruta muy parecida a la uva terrestre y empezó a saborear sus granos en silencio.

—¡Estoy esperando a que hables! —gritó ella, furiosa.

—¿Hablar? ¿Yo? —respondió Paddock con toda tranquilidad—. Tú me hiciste llamar, así que... ¡adelante!

La mujer se separó del ventanal y se acercó a la mesa. Se inclinó y apoyó ambas manos sobre el tablero.

Sus ojos llameaban.

—¿Qué te ha parecido mi mina? — preguntó.

—Como experimento, interesantísimo.

—No es eso lo que te pregunto, Red.

—Bien — respondió él, sin abandonar su tono glacial ni por un segundo—, ¿qué es lo que quieres que te diga? ¿Que es una cosa inhumana y perversa y que, en vista de que uno puede dejarse la vida allá abajo, a novecientos metros de profundidad, con toda sencillez, me arrastre a tus pies para pedirte perdón?

—¡Eres un maldito orgulloso! —le insultó Devinea—. Si lo hicieras... —su exuberante busto palpitó afanosamente durante unos segundos—. Si lo hicieras, lo olvidaría todo, Red —añadió con visible ansiedad.

—¿Olvidar, qué? ¿Los seis terrestres que entregaste a los caníbales? ¿La perpetua demencia de mi compañero André? ¿Los cientos y cientos de esclavos que padecen allá abajo y mueren como moscas a cada momento? Hay cosas que uno no puede olvidar fácilmente, por mucho que se lo proponga.

Los pulposos labios de la mujer se distendieron en una incitante sonrisa.

—Yo podría ayudarte a ello... si tú quisieras. Red —susurró.

Paddock terminó el racimo de uvas y se lavó los dedos en un cuenco lleno de agua que tenía al lado. Luego se los secó con una servilleta y se enfrentó con la mujer.

—¿A cambio de qué?

—Ayúdame. Tú eres inteligente. Me falta un hombre como tú...

y que, además, me quiera.

—¿Para qué?

Ella dio la vuelta a la mesa con rápidos pasos.

—¿Es que no lo comprendes? ¿Por qué te crees que mantengo la mina?

—Por extraer el cobre, supongo.

—Justamente. Pero tú sabes muy bien de qué clase de cobre se trata, Red.

—Sí, lo sé.

—Es Cobre—10, Red. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? El Cobre—10 es raro y costosísimo de obtener. Aquí, en Psitarl—02, lo tenemos en estado nativo, purísimo; basta sólo agacharse para recoger un pedrusco de kilo, con el cual fabricar medio condensador, sin otro esfuerzo que fundirlo, convertirlo en hilos finísimos y bueno, ¿es que te sientes capaz de imaginarte el resto?

—Yo, sí —respondió Paddock sin alterarse—. Eres tú la que no te lo imaginas.

Devinea se irguió. Sus ojos llameaban.

—Sé a lo que te refieres —dijo—. Quieres decirme que una superproducción de Cobre—10, además de arruinar a sus fabricantes, provocaría un derrumbamiento de los precios del mercado y que la Unión no toleraría jamás tal estado de cosas. ¿Y qué, si lo hago? —añadió, desafiante—. Psitarl—02 es mío... ¿Acaso no ponéis vosotros el precio que os da la gana a vuestras manufacturas, del género que sean? Una vez vinieron unos comerciantes a venderme ciertas cosas que no hay por qué mencionar... ¡y me pidieron unos precios doscientas veces superiores a los habituales en cualquiera de los planetas de la Unión! ¡Doscientas veces, Red! ¿Te das cuenta de lo que digo?

—Perfectamente; pero la Unión persigue a tales comerciantes y les impone severísimos castigos cada vez que atrapa a uno de ellos. Ese género de comercio está desapareciendo ya de la Galaxia, puedes estar segura de ello.

—Muy bien, pero yo no pertenezco a la Unión ni siento deseos de asociarme a ella. Oh, ya sé que en Psitarl—02 vivimos en la prehistoria con respecto a vosotros, pero nos sentimos dichosos y felices con lo que tenemos y no ambicionamos más.

—Esas palabras cuadran mal con tus propósitos. En el momento

en que hagas público que aquí se vende Cobre—10 a un precio bajísimo, Psitarl—02 se verá invadido por una turbamulta de comerciantes y astronautas que barrerán todos tus sistemas de vida y acabarán con ésta que tú pretendes es idílica paz. Vendrán, además, periodistas y querrán conocer las minas y el lugar donde está el Cobre—10 y la forma cómo se extrae… y los hombres que mueren como moscas por proporcionarte a ti unos beneficios fabulosos… y tu guardia pretoriana, de hombres crueles y despiadados… ¿Te imaginas lo que se hablará por ahí cuando se sepa todo? Provocarás conflictos y quizá llegue a producirse algo que hace siglos no ha existido: una guerra estelar. Entonces, tú y los tuyos seréis barridos inmisericordiosamente, la Unión instalará aquí un procónsul con poderes ilimitados… y todos tus bellos proyectos se habrán ido envueltos en el viento del desierto.

—Ya lo sé. Todos esos cálculos me los he hecho yo antes que tú. Por eso quiero que me ayudes.

—Únicamente puedo ayudarte de una forma, Devinea.

—¡No! ¡No quiero entrar a formar parte de la Unión! ¡Quiero ser libre, independiente, hacer mi voluntad en Psitarl—02, sin tener que sujetarme a necias Cartas de las Estrellas o a incómodos convencionalismos! ¡Los supuestos beneficios que obtendría de mi agregación a la Unión no me compensarían de las desventajas que me producirían!

—Estás equivocada, tremendamente equivocada, Devinea. Pero tu maldito orgullo no te permite reconocerlo —Paddock se puso en pie—. Bien, creo que ya hemos hablado todo cuanto teníamos que hablar. Ordena que me vuelvan a la mina.

—Entonces, ¿me rechazas?

Paddock la miró fijamente.

—Como agente de la Unión, puedo olvidar algunas de las cosas que hiciste y que aún sigues haciendo, incluidos los seis astronautas que fueron devorados por los arborícolas. La Unión está dispuesta a pasar una esponja húmeda por lo que has hecho; a fin de cuentas, peores gobernantes que tú los ha habido. Como particular, no puedo olvidarlo.

—¡Tú me engañaste como un canalla, recuérdalo! —gritó Devinea.

Paddock meneó la cabeza.

—El engaño sólo lo fue hasta cierto punto —respondió—. Pero tu orgullo, repito, te impide reconocer las cosas que no te son favorables absolutamente; y por ello nos enviaste a la peor de las muertes que la mente más descarriada puede imaginar. Lo creas o no, en aquel tiempo yo te amaba sinceramente. Esperaba conseguir tu agregación a la Unión y me hubiese quedado a tu lado para servirte de guía y consejero… pero no esperes que conserve los mismos sentimientos hacia ti, después de lo que pasó.

—Has vuelto al cabo de diez años —exclamó ella—. Eso, ¿qué significa? ¿Por qué no han enviado a otro agente?

—Si el asunto hubiera sido exclusivamente entre los dos —siguió él, sin hacer caso de sus objeciones—, no te formularía el menor reproche. Sólo yo hubiera sido el perjudicado… pero hiciste morir a seis de mis compañeros y otro está encerrado de por vida en un manicomio. La Unión cerrará los ojos ante ésa y otras tropelías por el estilo; repito que los ha habido peores que tú. Pero yo no lo puedo olvidar, Devinea; lo siento.

Ella crispó los puños, mientras su pecho subía y bajaba espasmódicamente.

—¿Te imaginas cuáles pueden ser las consecuencias de tu respuesta, Red?

—Claro.

—Quien entra en la mina, ya no sale jamás. Por otra parte, la iluminación…

Paddock se estremeció… ¡El fósforo radiactivo! Su radiactividad era muy débil, pero al cabo del tiempo el organismo resultaría contaminado irremisiblemente. Había tratamientos, sí, pero aun el tratamiento antirradiactivo resultaba estéril después de que se había sobrepasado un límite determinado.

Devinea continuaba sonriendo malignamente.

—¡Sólo tienes dos salidas, Red! —exclamó en tono incitante.

—Una de ellas me conduce a la libertad, pero traicionando a la Unión.

Ella se le acercó, con movimientos sinuosos, a fin de hacer resaltar aún más sus innegables encantos.

—Traicionarías a la Unión, pero me tendrías a mí de nuevo —susurró.

—La Unión se decidirá entonces por la fuerza. Y tú lo sabes bien,

no podrías resistir veinticuatro horas —Devinea le había echado los brazos al cuello, pero él los separó sin brusquedad, pero con firmeza —. No es un panorama que me agrade, pero, una vez más, no se trata ya de mí solo, sino de mis siete compañeros. Eso es algo que jamás podré olvidar.

Los bellos ojos de la mujer lanzaron resplandores de fuego.

—¡Muy bien! —le apostrofó—. ¡Vete, pues! ¡Vete y muere en la mina! ¡Ya que lo quieres así, te complaceré, maldito!

Paddock movió la cabeza. Luego, lentamente, dio media vuelta y salió de la habitación.

CAPÍTULO IX

Los dos guardias que le habían escoltado a la ida, le acompañaron al regreso. Siguiendo el corredor, doblaron en ángulo recto a veinte metros de la estancia donde había sido recibido por Devinea.

Caminaban en dirección al ascensor. De repente, al pasar por delante de una puerta, alguien la abrió desde su interior.

Paddock respingó al ver a Sheenit. La muchacha le hizo un signo con los dedos indicándole silencio. Luego habló unas palabras con los guardias. Éstos parecieron resistirse, pero Sheenit acentuó el tono enérgico de sus palabras y los sujetos acabaron por ceder.

La muchacha le hizo señas de que entrara en su habitación. Paddock cruzó el umbral y ella cerró en el acto.

—¿Estás bien, Red? —preguntó, muy interesada.

La sorpresa del joven aumentó el doble.

—¡Cómo! ¿Hablas mi idioma?

Sheenit sonrió con picardía.

—Me lo enseñó un terrestre, hace muchos años. Era prisionero de mi hermana y ésta le obligó a que fuera mi preceptor. Después, se enojó con él y lo hizo matar.

Paddock movió la cabeza.

—Tu hermana es muy mala —dijo—. Su mente sólo concibe el mal.

—Sí —suspiró Sheenit—. Pero yo no puedo evitar lo que hace. Me tiene también casi como prisionera.

—¿Por qué no nos dijiste en el bosque que hablabas nuestro idioma?

—En primer lugar, quería conocer vuestras intenciones. Después... bien, no quería excitar demasiado a los arborícolas. Me habían admitido entre ellos con dificultades y al oírme hablar con vosotros en vuestro idioma, su enemistad habría aumentado. Eso es lo que pensaba yo, con objeto de conservaros la vida, dado que conocía sus poco agradables costumbres.

—Esa precaución, al fin, no sirvió de nada —comentó Paddock en forma reflexiva.

—Los hombres de mi hermana acudieron a tiempo. De momento, estáis vivos.

—Sí, pero nuestra existencia no tiene nada de agradable —Paddock frunció el ceño.

Sheenit le miró con fijeza.

—Red —dijo muy despacio—, ¿te gustaría recobrar la libertad?

El corazón del joven latió con violencia, aunque él procuró mantener la impasibilidad de su rostro.

—Por supuesto —contestó—. Sin embargo, tal como están las cosas, es algo que por ahora considero imposible.

—Quizá no lo sea tanto, Red —manifestó la muchacha—. Oye... no está bien lo que hago, pero peor es lo que hace Devinea. Ella me considera como una tonta... —su mirada se hizo melancólica de pronto—. Ella es mucho más hermosa. Yo soy fea, sin gracia... No quisiera que se tomasen mis acciones como producto de pura envidia.

—Acabar con el actual estado de cosas no puede ser nunca producto de la envidia —manifestó Paddock.

Ella le agarró el brazo con gesto repentino.

—¡Prométeme que si triunfamos no le causarás el menor daño! ¡A fin de cuentas, tuvimos el mismo padre y esto es algo que no se puede olvidar, Red!

—Prometido —contestó él en tono solemne—, aunque no veo la forma en que podremos conseguir lo que deseas.

—Déjalo de mi cuenta. Tú sólo tienes que seguir tu vida normal en la mina. Tengo muchos de los guardias a mi lado. Aunque no lo creas, conozco todo el proceso de los intentos de agregación de Psitarl—02 a la Unión y sé que hay muchos que quieren esa

agregación, para disfrutar de las ventajas que obtendría el planeta en tal caso. Bueno, no quiero hablarte más del asunto, porque tú lo conoces mejor que yo. Lo único que deseo es que me ayudes en el momento preciso.

—Cuenta con ello, Sheenit. ¿Qué planes tienes?

Ella se volvió de pronto, tomó un puñalito que había sobre una mesa y se lo entregó.

—Toma, guárdalo entre tus ropas. Quizá te sea útil en el momento preciso. Pero no hagáis nada hasta que alguien pronuncie mi nombre. ¿Me has entendido? ¡Entonces, secúndale con toda confianza!

—Lo haremos, te lo prometo —dijo él. De pronto, preguntó—: ¿Por qué lo haces, Sheenit?

Un vivo rubor tiñó las mejillas de la muchacha.

—Quiero acabar con la actual situación —dijo.

Paddock no insistió; nunca le había gustado ufanarse de sí mismo, aunque, en esta ocasión, sabía positivamente que su persona tenía que ver algo con las intenciones de Sheenit. No obstante, se dijo, tendría que ser muy precavido; quizá se tratase de una trampa tendida por la astuta Devinea, de cuya inteligencia tenía sobradas pruebas.

—Prométeme que no causarás daño a mi hermana —insistió la muchacha—. Únicamente la apartaremos de su puesto, pero eso será todo.

—Muy bien —aseguró.

Si conseguía cumplir con la misión que le había sido confiada, el destino posterior de Devinea poco le importaba. En tiempos había llegado a creer que la amaba, pero ahora se daba cuenta de que todo había sido producto de unas fulgurantes llamaradas de pasión, harto extinguidas en el transcurso de diez años. Y le pareció que Sheenit era infinitamente mejor que su hermana. La venganza de las seis muertes y de la locura de André, poca importancia tenía para él: un agente debía carecer de sentimientos y entre las órdenes que había recibido no figuraba precisamente la de castigar aquellas muertes. La Unión ya contaba con algunas bajas en toda misión y, por tanto, no se podía guardar rencor al que las producía, sino, simplemente, someterle y obligarle a acatar los estatutos de la Carta de las Estrellas, la Constitución de la Galaxia.

Todas estas reflexiones pasaron por su mente en el brevísimo espacio de unos segundos. Sonrió y luego oprimió con suavidad el mórbido brazo de la muchacha.

—De acuerdo, Sheenit. Pero actúa pronto o, de lo contrario, nos encontrarás convertidos en unos esqueletos.

—Confía en mí —afirmó ella.

* * *

Logan y los demás le acogieron con ansiedad no disimulada.

—¿Qué habéis hablado?

—¿Qué dice esa bruja?

—¿No se ha tragado todavía quinientos gramos de cianuro?

Paddock, sonriendo tranquilamente, manoteó para imponerles calma.

—Tranquilos, muchachos —dijo. Miró a Harriman con simpatía —. ¿Cómo se siente, Censor?

Harriman hizo una mueca.

—Molido y apaleado. Si esto dura mucho...

—Tenga paciencia, Censor. Ya sólo quedan pocos días.

Vérault estaba nerviosísimo.

—Vamos, cuéntanos lo que has hablado con esa bruja. Estamos ardiendo en impaciencia por saber lo que te ha dicho.

—Nuestro diálogo, en sí, tiene poca importancia —respondió Paddock—. Ya podéis figuraros las proposiciones que me hizo.

—Traicionar a la Unión y aliarte con ella —apuntó Logan.

—Exactamente.

—¡Diablos! —masculló Vérault—. Yo no soy ningún agente especial; yo no estoy obligado hacia la Unión...

Paddock le miró durante unos segundos.

—Aparte de que la proposición, en concreto, se refería sólo a mí, tu hermano sí era un agente de la Unión, Nick. Debieras avergonzarte por lo que has insinuado.

—Bueno, bueno —rezongó Mazas—, vayamos al grano, Red.

—De acuerdo. No hace falta que hable de lo que me dijo Devinea, aunque... Bueno, el Cobre—10 se mencionó bastante en la conversación.

—¿Qué es lo que pretende Devinea con la extracción de ese

metal? —preguntó Logan.

—Es fácil adivinarlo. No hay que trabajarlo apenas; basta convertirlo en hilos del grueso que se deseen para las necesidades que surjan. La obtención del Cobre—10 por medios científicos es carísima, todos vosotros lo sabéis. Un simple condensador, sólo en metal, vale millones, aparte el trabajo de convertirlo precisamente en eso: condensador. Con estos yacimientos, Devinea puede fijar el precio que le dé la gana y derrumbar los mercados.

—¡Cielos! —exclamó Harriman. Y casi con violencia añadió—: Pero la Unión no puede tolerar una cosa semejante. Sería la ruina.

—A Devinea le importa la ruina de la Unión un rábano —contestó Paddock—. Es más, la posesión de estos yacimientos de Cobre—10 le proporcionaría un poder inmenso, fabuloso. Incluso no me parecería raro que quisiera fundar una especie de Liga, Alianza, Federación o como quiera que se le llame, independiente de la Unión, con ella como cabeza visible. Y tendría muchos adeptos, puedo asegurarlo.

—¿Ha sugerido ella algo al respecto?

—No, aunque, como digo, no me extrañaría nada que lo hubiera pensado. Dadas sus ansias de megalomanía, tal hipótesis entra dentro de lo posible.

—Informaré a la Unión… —dijo Harriman, pero Vérault le interrumpió bruscamente.

—¿Y qué más noticias has traído, Red?

—Una, muy interesante.

—Explícate, por favor —pidió Mazas con ansiedad.

—En primer lugar, Sheenit habla nuestro idioma.

—¡Rayos! —exclamó Nader—. ¡Ésa sí que es buena!

—Y en segundo lugar —siguió Paddock—, trata de ayudarnos.

Vérault le miró con recelo.

—¿Ayudarnos? ¿No será tina trampa?

Paddock enseñó discretamente el cuchillo que Sheenit le había proporcionado.

—Me lo dio ella —dijo—. Ha manifestado que hay muchos que la apoyan. Trata de levantar una partida para desposeer a su hermana del poder, con nuestra ayuda, por supuesto. La única condición que me ha puesto es que no le causemos el menor daño.

—¡Después de lo que pasó mi hermano! —barbotó el muchacho.

Paddock le miró con frialdad.

—La vida de Devinea será respetada y, si tocas uno sólo de sus cabellos, te rebanaré el gaznate. A la Unión no le interesa que las vidas de los gobernantes de otros planetas sufran perjuicios; esto impresiona muy mal al público.

—Sí, vamos, las malditas apariencias.

—Exactamente. Así que ya lo sabéis, a trabajar en silencio, pero sin hacer nada hasta que recibamos el aviso de Sheenit.

—¿Sabes cuándo será eso? —preguntó el metalista.

—No mucho más allá de dos o tres días, Andy.

—¡Dos o tres días! —gimió Harriman—. ¡Mis pobres pies!

—Haga un esfuerzo, Censor —le animó el joven en tono amable —. Esto ya no puede durar mucho.

—Trataré de hacerlo —Harriman emitió un profundo suspiro—. Aunque no sé si podré resistirlo.

Transcurrieron dos días, lentos, mortales; sumidos en un trabajo embrutecedor, extenuante, que devoraba las fuerzas de los cautivos. El turno normal solía ser de unas cinco horas de pedaleo continuo en el molino, por otras tantas de descanso. Mientras movía los pies continuamente, Paddock se preguntó en más de una ocasión dónde tendría Devinea la cámara de almacenamiento del metal obtenido. A pesar del procedimiento tan rudimentario, debía haber obtenido ya cientos y aun miles de toneladas del preciado Cobre—10, el singular metal que se había hecho imprescindible en la mayor parte de los nuevos instrumentos electrónicos, fueran de la clase que fueran, ya que, por ejemplo, en las calculadoras, el utilizar o no el Cobre—10 en algunas partes de su estructura interna, suponía nada menos que un ahorro de la mitad del tiempo en obtener las respuestas, aparte de que el uso del Cobre—10 permitía un número mayor de preguntas simultáneamente. Tan sólo con dos mil toneladas de Cobre—10 que se pusieran a la venta, los comerciantes de toda la Galaxia acudirían a Psitarl—10 como las moscas a la miel; por muy caros que fuesen los precios que fijara Devinea, nunca lo serían tanto como los del Cobre—10 obtenido en los laboratorios. Y Devinea, se decía, no sería tan tonta como para fijar un precio oneroso, inaceptable para los comerciantes. Según sus cálculos, cada gramo del preciado metal, incluyendo portes y fletes, vendría a resultar a un veinticinco por ciento del precio corriente en

el mercado. Aun así, las ganancias de Devinea resultarían fabulosas.

Pero eran unas ganancias obtenidas con la sangre de las personas, añadió; y aunque la Unión no era demasiado escrupulosa en algunas cosas, no toleraría un derrumbamiento general de los precios del mercado, que, por encadenamiento general, afectaría a casi todas las mercancías. Era preciso obligar a Devinea a entrar en la Unión, concediéndole, incluso, una especie de monopolio del Cobre—10, pero a unos precios razonables. Vendería tal vez menos, pero sus ganancias serían sensiblemente iguales y, sobre todo, se evitaría un pánico comercial de alcance imprevisible.

En tales pensamientos estaba cuando, al tercer día de su entrevista con Sheenit, uno de los guardias, durante el período de descanso, se inclinó sobre él y murmuró el nombre de la muchacha.

Paddock sintió como una especie de sacudida eléctrica al oír el nombre. El guardia le miró, pestañeando de forma imperceptible en señal de inteligencia.

—Venir —invitó, en un susurro—. Todos.

Paddock tocó en el codo a Logan.

—Arriba, chico. Ha llegado la hora.

En completo silencio, los seis terrestres se pusieron en pie. El guardia movió la mano, indicándoles que le siguieran. Caminaron tras él, dirigiéndose hacia el ascensor, en el cual penetraron.

Unos minutos más tarde, el aparato se detenía al nivel de un piso, cuya altura les era desconocida, pero que Paddock calculó no debía hallarse demasiado lejos de las habitaciones de Devinea. Entonces, de repente, surgieron una docena de guardias, todos ellos armados con espadas, y les rodearon con un círculo de acero.

Uno de los guardias era ya conocido de ellos. Con gesto furioso, el individuo les señaló una puerta que había al otro lado del muro. Empujados despiadadamente, Paddock y los cinco restantes penetraron en una habitación desnuda de todo mobiliario, con una estrecha rendija de diez centímetros de ancho por medio de altura como único medio de ventilación e iluminación. Apenas habían cruzado el umbral, la puerta se cerró con sonoro estrépito de cerrojos. Luego, un espeso silencio se abatió sobre los prisioneros.

CAPÍTULO X

Al cabo de unos minutos, consiguieron habituarse a la penumbra de la estancia. Vérault bramaba de ira.

—¡Confiaste en esa maldita Sheenit! —vociferó, fuera de sí—. Ya te advertí que era una traidora.

Paddock no contestó. Estaba reflexionando. La trampa en que acababan de caer no le parecía producto de un engaño de Sheenit. Creíase un mediano psicólogo y le parecía sumamente improbable que Sheenit le hubiese traicionado. Había varios detalles que abonaban sus razonamientos.

Primero, Sheenit se había ido a vivir voluntariamente con los arborícolas, con el fin de establecer mejores relaciones con ellos. Esto demostraba una bondad y una nobleza de carácter de que Devinea carecía.

En segundo lugar, estaba la forma tan violenta en que habían intentado capturarla el día que la habían visto por primera vez. Después, ella también había sido atada al poste, seguramente a instigación del suspicaz Tazaar, quien la debía haber creído en connivencia con los extranjeros. No cabía la menor duda: aquellas acciones de Sheenit no habían sido preparadas en modo alguno. En medio de un ambiente duro, cruel y perverso —aún recordaba algunas escenas de las orgías a que se había visto obligado a asistir diez años antes—, ella había crecido con una pureza de sentimientos cuya legitimidad no podía discutirse.

—En mi opinión —dijo al cabo—, esto es cosa de Devinea.

—Muy seguro estás de ello —gruñó Vérault,

—Ignoro el medio que ha empleado para enterarse, aunque me figuro que alguno de los soldados que me acompañaban cuando Sheenit me llamó debió ir con el soplo. De ahí a forzar a Sheenit a que contase toda la verdad, no hay más que un paso.

—Habrá sido capaz de torturarla —masculló el español.

Paddock sintió de repente una conmoción en su interior. ¡Sheenit, torturada! Si Devinea había osado tocarle el pelo de la ropa... Un relámpago de ira brilló en su interior. En un instante se dio cuenta de que sentía por la muchacha algo que no había sentido por su hermana. Sus amoríos con Devinea habían sido producto de unos vibrantes fogonazos de pasión, derivados de la misma ardiente belleza de la mujer. Sin ser tan hermosa como su hermanastra,

Sheenit lo parecía aún más por la dulzura de su expresión y la calidad de sus sentimientos. En aquel momento deseó vivamente hallarse al lado de la muchacha para protegerla y ampararla contra las tropelías de Devinea.

La voz de Logan interrumpió de repente sus amargas cogitaciones.

—Tienes todavía el puñal, creo, Red.

Paddock se palpó la ropa.

—Es cierto —exclamó, maravillado—. No me han registrado siquiera.

—Eso significa que Sheenit no ha contado nada —dijo Logan en tono reflexivo.

Paddock manifestó:

—Sí, es verdad. De lo contrario, Devinea sabría que yo tengo un puñal y que fue la propia Sheenit la que me lo entregó,

—Con ese puñal se pueden hacer muchas cosas, Red —exclamó Vérault—. Incluso degollar a la bruja, si se tercia.

—Nadie tocará ni un pelo de la ropa de Devinea —expuso Paddock—. Esto es algo que todos vosotros debéis meteros en la cabeza. Su vida debe ser respetada a todo trance, ¿estamos?

—Tu interés por Devinea es harto sospechoso —murmuró Vérault.

—Muy bien; piensa como quieras, eres libre de hacerlo. Yo...

Paddock no pudo continuar hablando. La puerta se abrió de pronto y un hombre apareció en la entrada.

—Salir —ordenó con gesto perentorio, agitando la mano derecha, con la cual sostenía una formidable espada.

—Cuidado, muchachos —recomendó Paddock entre dientes.

Devinea les esperaba en el exterior. La habitación era lo suficientemente amplia como para contener una formidable cohorte de guardias sólidamente armados, en medio de los cuales había dos o tres individuos maniatados.

—Tus planes han fracasado por completo —le espetó Devinea sin más preámbulos.

—No te entiendo —contestó Paddock en tono evasivo.

Ella inspiró hondo.

—No te hagas de nuevas, Red; demasiado sabes a qué me refiero. Una vez cometí contigo un error; no lo repetiré.

—¿Llamas error a entregarme a los caníbales? —comentó él amargamente.

—Sí, porque, conociéndote, sabiendo que eras un individuo verdaderamente astuto, debí haberte matado en el acto. Al no hacerlo te concedí una posibilidad y tú no eres hombre que la desaproveche.

—Muy bien, de acuerdo. Estamos en tus manos. ¿Y ahora?

Una perversa sonrisa floreció en los labios de la mujer.

—¿Quieres ver la suerte que vais a correr tú y tus compañeros? Pues bien, no quiero dejar de complacerte. ¡Mira, Red!

Devinea movió una mano. Al punto, los prisioneros fueron empujados hacia el pozo del ascensor, cuya plataforma había sido subida unos metros por encima del nivel de la estancia.

Los gritos de agonía de los desgraciados fueron alejándose a medida que descendían por el interior de aquel tubo insondable, hasta apagarse del todo. Logan empezó a sudar copiosamente sin poder remediarlo.

Hubo una siniestra pausa de silencio. Luego, con fúnebres ecos, llegaron los terribles sonidos de tres choques contra el fondo del tubo.

—El fondo está a ochocientos cuarenta metros, según vuestras medidas —explicó Devinea, gozándose con el espanto de sus prisioneros. En tono negligente, añadió—: ¿Cómo queréis bajar? Estoy dispuesta a complaceros. ¿Por parejas? ¿Individualmente, como los amigos de Sheenit? ¿O cogiditos todos de las manos, como buenos camaradas terrestres?

—¡Basta! ¡Basta ya de una vez! —chilló Vérault, tratando de abalanzarse sobre la mujer.

Paddock saltó sobre él y le agarró por los brazos.

—Quieto —ordenó al muchacho—. Así no conseguirás nada.

—Suéltale, anda —invitó Devinea, sin inmutarse—. Así tendré el placer de verle caer en dos pedazos: la cabeza por un lado y el cuerpo por otro.

Teniendo el cuerpo del muchacho como escudo, Paddock empezó a tantear sus ropas parar sacar el puñal.

—No podemos resistimos, es cierto —manifestó—. Sin embargo, antes de que nos arrojes al pozo, quiero que me digas qué has hecho con tu hermana.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la hermosa mujer.

—¡Red! ¡No vayas a decirme ahora que te has enamorado de ella!

—Y si así fuera, ¿qué podría importarte a ti? Cuando vas a matarme, es que no me amas. Por lo tanto, mis sentimientos personales deben resultarte indiferentes.

Un espasmo de ira recorrió el cuerpo de Devinea. De súbito, con la expresión de una arpía en su rostro, se arrojó sobre el joven.

Esto era precisamente lo que estaba esperando Paddock. Sus palabras habían sido pronunciadas con el fin de desquiciar los nervios de Devinea. En el mismo instante en que se le abalanzaba, apartó al muchacho a un lado.

Devinea alargó las manos hacia sus ojos. Paddock la agarró por el brazo derecho y se lo retorció a la espalda con fulgurante movimiento. Antes de que ninguno de los guardias tuviera tiempo de reaccionar, colocó la punta del puñal contra la garganta de la mujer.

—Si haces un solo movimiento, Devinea, te degüello aquí mismo, aunque después hayamos de saltar todos al pozo.

El rostro de la mujer adquirió un pronunciado tinte terroso.

—No, por favor... —jadeó—. Red... yo... Haré lo que tú digas...

—Ordénales a tus hombres que arrojen las armas al suelo. ¡Pronto!

Devinea hizo lo que le decían. Dos docenas de espadas retiñieron contra el suelo.

—Ahora, haz que se vayan todos. Que no acudan bajo ningún pretexto, hasta recibir mis órdenes, a menos que quieras morir.

Los guardias desaparecieron uno por uno. El último en salir fue el viejo conocido de Paddock, quien, antes de cerrar la puerta, le dirigió una mirada atravesada.

—¿Dónde están tus habitaciones, Devinea?

—En... en el piso superior.

Mientras tanto, los cinco terrestres habían recogido una espada cada uno, más otra para Paddock. El resto de las armas fueron arrojadas al pozo.

—Llama para que baje el ascensor. Cuidado con lo que dices o haces, Devinea; si crees que voy a ablandarme, estás muy equivocada.

—Suéltame antes —manifestó ella, furiosa.

Vérault entregó a Paddock una espada. Luego apuntó la suya contra el pecho de la mujer.

—Usted provocó la locura de mi hermano —dijo con acento de infinito odio—. Sólo deseo que ahora haga algo, para permitirme el supremo placer de atravesarla como una aceituna.

Devinea se espantó. Sabía que Paddock podría tener ciertas consideraciones con ella, pero el muchacho estaba ansiando vengarse. El aspecto de Vérault era verdaderamente temible.

Haciendo un esfuerzo, consiguió emitir el silbido de llamada. El ascensor bajó hasta situarse a nivel del piso. Pasaron a la plataforma, la cual se elevó casi inmediatamente.

Unos momentos más tarde, estaban en las habitaciones de la mujer.

—Dejadme solo con ella —ordenó Paddock—. Guardad la entrada y si viene alguien con intenciones hostiles, avisadme en el acto.

Cerró la puerta y se enfrentó con Devinea. Pese a su derrota, la mujer trataba de mantener alta la barbilla.

—¿Qué es lo que quieres ahora?

—Sólo una cosa. Escucha bien: la Unión quiere respetar tu vida, a menos que hagas los imposibles por obligarnos a quitártela. Pero ahora vamos a discutir un problema personal.

—Tú y yo no tenemos problemas —le desafió ella.

—Los tenemos. Uno. ¿Dónde está Sheenit?

Devinea apretó los labios.

—No te lo diré.

—Muy bien —impasible, Paddock se dirigió hacia la puerta y apoyó la mano en el pomo—. Saldré de aquí y permitiré que entre el hermano de André. El resto, imagínatelo tú misma.

Devinea palideció todavía más.

—Está… en el desierto —dijo.

Paddock sintió que se le erizaban los cabedlos.

—¿En el desierto? ¿Y tú… su propia hermana, fuiste capaz de abandonarla de esa manera?

—¡Me traicionó! —protestó ella a gritos.

—¡Era tu hermana!

—¡Tú la amas ahora! ¡Ya me has olvidado! —gimió Devinea con

frenética desesperación.

—Nadie podría amarte a ti, una vez te conociera a fondo —bramó Paddock—. ¿En qué parte del desierto está?

—En... en Las Rocas...

Paddock se quedó helado de espanto. Una vez, diez años antes, había estado en Las Rocas, un territorio áspero, pelado, terriblemente seco, en donde el suelo hervía bajo la fabulosa potencia de los rayos de los dos soles de Psitarl—02.

Pero esto no era todo. Además del calor y de la falta de agua, estaban los voraces lagartos del desierto, unos extraños animales de rarísimo metabolismo, cuyo alimento principal era la sílice de las rocas, disuelta con el corrosivo poder de su saliva. No se comerían a Sheenit, pero la matarían a dentelladas o bien la abrasarían con sus chorros de saliva ácida, capaces de disolver el acero mejor templado.

Miró en torno suyo. Aunque rudimentaria, en Psitarl—02 había una forma de escritura. Sobre una mesa divisó unas tablillas y un punzón.

—Siéntate ahí y escribe lo que te voy a dictar, Recuerda: conozco bastante bien tu idioma, aunque hasta ahora lo haya mantenido en secreto. De modo que no trates de engañarme siquiera o te mataré... no, dejaré al muchacho el placer de hacerlo para calmar sus deseos de venganza.

Devinea empuñó el punzón con gesto de rabia impotente.

—¿Qué he de escribir?

—Simplemente, un pase de libre acceso a todos los lugares, con órdenes de ser respetado y obedecido en todo lo que ordene. Por mandato tuyo y en bien de Psitarl—02.

Bramando de rabia, Devinea escribió lo que se le pedía. Al terminar, arrojó el punzón a un lado.

—Toma, y maldito seas —rugió.

Paddock cogió la tablilla, hallando conforme el contenido.

—Muy bien —con ojos llameantes, añadió—: Ahora ruega por que Sheenit continúe viva. Si le ha ocurrido algo..., no sé si sabré contenerme.

Abrió la puerta y exclamó:

—Voy a buscar a Sheenit, muchachos. Vosotros os quedaréis aquí hasta mi regreso. La propia Devinea os servirá de garantía para

conservar vuestras vidas —volvió la cabeza hacia adentro—: Nick, debe vivir, pero si hace algo que os ponga en un aprieto, no vaciles en cortarle el cuello.

—Cosa que haré con el mayor placer del mundo —respondió el muchacho, con vivo acento de complacencia.

CAPÍTULO XI

Levantó el látigo, lo hizo chasquear en el aire y los caballos partieron al instante.

En el carro llevaba, además de algunas provisiones, varios recipientes con agua. Tanto a la ida como a la vuelta, no encontraría ninguna fuente en la que aprovisionarse y era preciso estar prevenido para no morir de sed en aquel terrible desierto, al lado del cual los terrestres resultaban floridos vergeles.

Más que al ardor de los rayos solares, de los que podía resguardarse Sheenit en el hueco de algunas rocas, Paddock temía a los lagartos. Se habría sentido más tranquilo si la muchacha hubiera estado en una jaula llena de tigres hambrientos; sus posibilidades habrían sido sensiblemente mayores. Por lo menos llevaba veinticinco horas en el roquedal y no confiaba apenas en hallarla con vida.

Rugió de ira en su interior, mientras pensaba en la perversidad del carácter de Devinea, capaz, por odio y despecho, de enviar a la muerte más atroz a su propia hermana. La lástima era, se dijo, que entre sus instrucciones no figurase la de castigarla. Incluso ahora, si firmaba el pacto de agregación —y de ello no le cabía la menor duda, porque la obligaría a firmarlo, de grado o por fuerza—, debería rendirle acatamiento y pleitesía, como a un jefe de Estado coaligado con la Unión. Incluso aunque Sheenit muriese. Su misión consistía en obligarla a firmar el pacto exclusivamente. Eso era todo, y la sangre le hirvió al pensar que no podría castigarla por ninguna de las salvajadas cometidas.

Los extraños caballos de seis patas tenían otra buena cualidad, aparte su increíble resistencia: eran muy dóciles. Aquellas patas atrofiadas, con dos cascos contrapuestos, en forma de tenazas cortantes, eran meros recuerdos de los nebulosos tiempos en que

eran unas fieras y los usaban para atacar y defenderse de sus presas. Al cabo de cientos de siglos, el tercer par de patas había perdido en realidad su utilidad, pero los otros dos se movían rítmicamente, batiendo el suelo a una velocidad media de treinta y cinco kilómetros a la hora.

Diez años antes, Paddock había estado en Las Rocas, nombre que se les daba por antonomasia, sin otro calificativo. Entonces, ignoraba si ahora lo seguía siendo, estaba de moda salir de cacería en busca de lagartos del desierto. Él mismo había matado una pareja de aquellos reptiles, pero también había visto a más de un cazador perder una pierna o un brazo, corroídos por los terribles ácidos de la saliva de aquellas fieras. Cada vez que pensaba en ello, le entraban unos sudores fríos, que le hacían casi tiritar, a pesar de la elevadísima temperatura que reinaba en el ambiente.

La fortaleza quedó muy atrás. De vez en cuando, Paddock se veía obligado a dar un rodeo para evitar alguna profunda grieta que surgía de improviso en la inacabable planicie desértica. De vez en cuando, hacía chasquear el látigo por encima de su cabeza, para animar a las bestias, pero no era necesario; los caballos galopaban, sin perder un ápice de su velocidad ni por un instante.

Pasó una hora, luego otra; la tercera hora desfiló en su reloj. Paddock sabía que Las Rocas ya no podían estar muy lejos. De su anterior estancia en Psitarl—02 recordaba que había tardado menos de cuatro horas, sin correr tanto, en alcanzar el lugar de la cacería.

De pronto, un conjunto de rocas negras apareció en el horizonte. Paddock azuzó aún más a los caballos.

El roquedal se hizo cada vez más visible. Era un impresionante conjunto de piedras negras, de todas las formas y tamaños, con apariencias a veces fantasmagóricas y alucinantes, como labradas por la mano de un escultor poseído por el delirium tremens.

A cosa de un kilómetro de las rocas, detuvo el carruaje. Conocía las costumbres de aquellas fieras y sabía que raramente abandonaban sus cubiles para adentrarse en el desierto. Quizá era porque su instinto les decía que en el roquedal sus posibilidades de defensa contra un hipotético enemigo aumentaban de modo considerable.

Saltó a tierra y se colocó en bandolera una larga aljaba, cargada con media docena de azagayas de larga y aguzada punta de Cobre—

10, y cruzada con la misma, una correa de la cual pendían dos cantimploras con cinco litros de agua cada una. En el costado izquierdo, llevaba una espada, y empuñaba, además, un Impact 75 con veinticinco cartuchos, más dos peines de repuesto en una bolsita pendiente del cinturón. Los otros rifles habían subido a donde estaban sus compañeros, aprovechándose para ello de la tablilla con el pase firmado por Devinea.

Se sintió un poco ridículo al llevar encima un armamento tan formidable; pero, en aquella situación, no quería correr ningún riesgo. Antes de emprender la marcha, tomó un largo trago de agua de una de las cantimploras de reserva que tenía en el carro; después, tras ajustarse las correas con gesto maquinal, echó a andar, moviéndose con un paso gimnástico que le permitió recorrer la distancia que le separaba de las primeras piedras en menos de quince minutos.

El conjunto de Las Rocas no tenía una forma definida. Era una especie de amontonamiento caótico, que tan pronto se alzaba a una docena de metros del desierto como descendía a quince o veinte en depresiones bajo la planicie. Había rocas grandes como edificios y piedrecitas como perdigones, pasando por todos los tamaños imaginables.

En la base de la mayoría de las rocas se divisaban unas profundas estrías grisáceas, que alcanzaban a veces diez y doce centímetros de profundidad. Los lagartos del desierto sentían una rara preferencia por alimentarse en los sitios ya corroídos por su saliva. Así, en ocasiones, había rocas que acababan por partirse en dos, seccionadas por la terrible acción de aquel ácido orgánico, que no tenía parangón en el universo con ninguno de los conocidos, naturales o artificiales.

Encontró una especie de sendero que serpenteaba entre una doble hilera de altas rocas y emprendió el ascenso, con el dedo en el gatillo, listo para abrir fuego en el acto, y la mirada atenta a los menores movimientos. En apariencia, los lagartos eran lentos, pero el que se confiaba en la pesadez de sus movimientos podía considerarse perdido.

De súbito, un sordo burbujeo sonó a pocos pasos de distancia. Paddock se detuvo en el acto. Cerca de él había una de aquellas fieras. El burbujeo procedía de la disolución de la roca por medio

de los ácidos que segregaba el animal.

Avanzó con suma cautela. El animal apareció de pronto ante sus ojos, al dar la vuelta a una roca tres veces más alta que él. Estaba en la parte superior de otra piedra, a cuatro o cinco metros sobre el suelo, en una especie de saliente o peldaño que se proyectaba un poco hacia el exterior.

La fiera le vio y suspendió su labor. Era un animal de metro y medio de largo, de color grisáceo verdoso, con largas estrías longitudinales blancas y negras, que le llegaban desde el cráneo a la cola. Su aspecto, a no ser por los colores, era idéntico a un reptil similar de la Tierra, excepto en las mandíbulas, más largas y afiladas, dotadas cada una de una doble hilera de dientes duros y aguzados como los de una sierra.

El animal escupió de pronto un largo chorro de saliva en dirección al joven. Paddock dio un salto hacia atrás, esquivando el veneno, suficiente para abrirle un boquete en la pierna de lado a lado en sólo unos segundos. La arena que había bajo sus pies hirvió de forma desagradable.

Levantó el Impact 75 y apuntó con mucho cuidado. La detonación rebotó de roca en roca, mientras el lagarto, fulminado por un disparo en el centro del cráneo, caía al suelo. Paddock apuntó de nuevo y volvió a disparar; conocía la prodigiosa vitalidad de aquellos animales y temía una súbita resurrección, de la que nada bueno habría podido derivarse para él.

Dio un rodeo y pasó a buena distancia del animal muerto. Al cabo de unos minutos llegó a un lugar despejado, desde el que podía contemplar una gran extensión de terreno. Poniéndose una mano en la boca a modo de bocina, pronunció a gritos varias veces el nombre de la muchacha.

Para apoyar sus llamadas, disparó tres veces en rápida sucesión y después de un corto intervalo, hizo otros tres disparos. Luego esperó, dejando que los ecos se apagasen poco a poco.

El silencio cayó de nuevo sobre el roquedal. Paddock sintió que se asfixiaba de calor. Compadeció a Sheenit si no había muerto; tan sólo por la sed, debía hallarse a punto de agonizar... si los lagartos no habían dado antes buena cuenta de ella.

Un ruidito sospechoso sonó a su espalda. Se volvió como un relámpago y disparó contra un lagarto que se le había acercado

subrepticiamente. El animal resopló, mientras se revolcaba por el suelo. Paddock lo remató de otro disparo.

El sudor se evaporaba apenas llegado a la epidermis. En vista de que Sheenit no contestaba, Paddock continuó su avance, procurando aguzar el oído. La presencia de un lagarto solía captarse en las inmediaciones por el típico burbujeo de su saliva al corroer la piedra.

El roquedal se extendía hasta perderse de vista, semejando un mar petrificado. El color negro de las rocas contribuía a la elevación de temperatura, precisamente por su mayor facilidad de absorción de los rayos calóricos.

—¡Sheenit! —llamó.

Su voz se perdió, saltando de roca en roca. Llamó una y otra vez, alternando los gritos con los disparos, sin obtener otra respuesta que los ecos de los sonidos, que a veces parecían enloquecidas carcajadas de burla.

Transcurrió una hora larga. Había cambiado ya el cargador del rifle y su voz se había enronquecido a fuerza de gritar. Sentía una sed horrible, pero no quería abusar del agua que llevaba. Calculó que no debía hallarse ya muy lejos del centro de Las Rocas. Los soles habían recorrido ya la mitad de su curva diurna. Si, cuando llegase el ocaso, no había encontrado a Sheenit, debería retroceder, pues no podía pasar allí la noche.

Hizo una nueva salva. Esperó con el oído atento, respirando quedamente.

De pronto le pareció escuchar un grito.

Por un momento, creyó en una ilusión de sus tímpanos. Pero el grito se repitió.

Echó a correr hacia el lugar donde había sonado la voz de Sheenit. Súbitamente, dos lagartos monstruosos le salieron al paso. Paddock disparó rápidamente y los destrozó.

Y, de pronto, vio a la muchacha.

Sheenit estaba en lo alto de una roca de forma monolítica, que la protegía bastante bien de los ataques de los reptiles. La roca, que casi parecía una columna, se hallaba situada en el centro de una depresión en forma de embudo, de unos treinta o cuarenta metros de diámetro, coronando un amontonamiento cónico de piedras, cuya altura total, entre las piedras y la columna, era de unos ocho o

diez metros. El monolito poseía las suficientes irregularidades para que Sheenit hubiera podido trepar hasta su cima.

Pero la depresión hervía de lagartos. Paddock calculó que habría al menos medio centenar, todos ellos agitándose enloquecidamente de un sitio para otro, buscando la forma mejor de alcanzar a su presa. Sheenit tenía algunas piedras a mano con las cuales trataba de ahuyentar a las fieras, pero era evidente que no podría resistir mucho, no tanto por falta de proyectiles, como por los desastrosos efectos de los abrasadores rayos de los soles.

—¡Aguanta un momento! —gritó él—. ¡Resiste cuánto puedas, por favor!

Y empezó a disparar cuidadosamente, procurando no gastar más de un cartucho en cada lagarto. Diez años atrás, Devinea le había dicho que una cacería con tal arma carecía de sentido deportivo, pero ahora no se trataba de practicar un deporte, sino de salvar una vida.

El número de los reptiles fue decreciendo. Pero también disminuía el de los proyectiles que tenía el joven en reserva. Cuando quiso darse cuenta, el contador de cartuchos de su último peine le dijo que ya sólo le quedaban diez balas de reserva.

Y todavía había una veintena de lagartos. Éstos, como si poseyeran una inteligencia superior, se habían apartado al otro lado del amontonamiento de rocas, para huir de la muerte que fulminaba a sus congéneres. Pero el joven sabía que, en cuanto cesara de hacer fuego, los reptiles atacarían de nuevo.

Era preciso buscar una solución. Y rápidamente además, puesto que Sheenit parecía al borde del agotamiento. Poco a poco, con grandes precauciones, emprendió el descenso hacia la concavidad.

Un lagarto salió de pronto y le atacó. Paddock tomó puntería y disparó. El reptil cayó, revolcándose. Ya sólo le quedaban nueve proyectiles. Se maldijo por su imprevisión al no haberse traído más cartuchos.

Los restantes monstruos permanecían agazapados al otro lado, esperando el momento propicio para atacar. Paddock llegó a pocos pasos de distancia del monolito.

Sin mirar a la muchacha, preguntó:

—Sheenit, ¿te sientes con ánimos para correr unos metros?

La voz de la joven era ronca, pero sonaba con ecos animosos.

—Creo... que sí, Red.

—Tendrás que actuar con rapidez, sin perder un segundo. Si te entretienes, moriremos los dos.

Pronunció la frase en plural, con el fin de darle más ánimos a la muchacha. Pero sintió bruscamente un terrible frío, al recordar la muerte de un cazador, que había tropezado cuando huía de un lagarto. El chorro de saliva corrosiva le había alcanzado en un lado de la cabeza, perforando con tremenda rapidez el pericráneo y el temporal. La muerte del desdichado había sido rápida; una vez que el ácido llegó al cerebro, su fallecimiento no se hizo esperar. Pero mientras tanto, durante un largo minuto, sus sufrimientos habían sido inenarrables.

Un lagarto asomó la cabeza por detrás del monolito. Paddock se la voló de un certero disparo.

—¡Ahora, Sheenit! — gritó.

La muchacha se dejó caer del monolito y saltó de roca en roca, hasta llegar a la base del cono. En aquel momento, tres o cuatro reptiles, siseando ominosamente, furiosos por la huida de su presa, se lanzaron al ataque.

—¡Corre, Sheenit! —gritó—. ¡Yo te protegeré!

La muchacha pasó delante de él como una exhalación. Paddock empezó a hacer fuego a tiro rápido, abatiendo en un santiamén a tres de los reptiles.

El percutor sonó con ruido metálico al no encontrar cartucho. Paddock se dio cuenta de que las municiones se habían agotado y tiró el rifle a un lado con rabia. El cuarto reptil se le arrojaba encima, deslizándose sobre el suelo con singular rapidez.

Paddock desenvainó la espada. El lagarto le espurreó un chorro de saliva. Paddock saltó a un lado y lo esquivó. Luego dio un par de pasos hacia adelante y, blandiendo el acero con todas sus fuerzas, decapitó al animal de un solo golpe.

Tiró también la espada. Sabía que la sangre del reptil, si no corrosiva, sí podía resultar tóxica y no tenía nada con que limpiar la hoja. Todavía le quedaban los venablos.

Sheenit le aguardaba en lo alto del borde de la concavidad. La muchacha tenía los labios agrietados por el calor y su cabello estaba seco y quebradizo. Paddock creyó que era cosa de milagro que estuviese aún con vida.

Soltó una de las cantimploras y la destapó, vertiendo acto seguido el líquido por encima de la cabeza de la muchacha. Sheenit se dejó hacer mientras sentía correr por su piel la relativa frescura del líquido. Paddock consumió todo el contenido de la cantimplora, que arrojó a un lado una vez vacía.

Luego destapó la otra. Sheenit tenía los cabellos chorreantes y presentaba un aspecto desastroso, pero parecía feliz.

—Bebe despacio —dijo—. A pequeños sorbitos. Un exceso de agua podría perjudicarte gravemente.

—Sí, Red —contestó ella con sencillez.

Al cabo de unos momentos, Sheenit le devolvió la cantimplora.

—Dame uno de tus venablos —pidió.

Paddock se armó con otro. Luego rodeó con su brazo el talle de la muchacha, sin que Sheenit protestara.

—Nunca creí encontrarte con vida —manifestó Paddock al cabo de unos momentos.

—Estuve escondiéndome entre las rocas —explicó ella—. Si no se hace ruido, es fácil pasar inadvertido. Pero esta mañana me vieron y no me quedó otro remedio que guarecerme en lo alto del monolito —le miró con sus enormes ojazos, de límpida expresión—. Estaba a punto de desfallecer cuando llegaste tú.

Paddock apretó los labios.

—Tu hermana te obligó a hablar, ¿no es cierto?

El rostro de Sheenit se oscureció.

—Sí —dijo con voz sorda—. Uno de los soldados que te acompañaban aquel día me traicionó.

—¿Te torturó?

—Oh, no. Simplemente, me dijo que si no le contaba lo que habíamos hablado, ordenaría matarte en el acto. Hicimos un pacto; ella prometió, a cambio de mis informes, conservarte la vida. Veo que ha cumplido su palabra, Red.

El joven vaciló un momento. No, por ahora no le contaría la verdad de lo sucedido. Ya se enteraría Sheenit cuando llegase el instante apropiado. Los detalles vendrían más tarde.

—Te callaste lo del puñal —añadió él.

—Se me olvidó, sencillamente. Estaba tan aturdida...

—Y luego ella te envió aquí.

—Sí.

Hubo un corto espacio de silencio. Paddock se detuvo de pronto y, tomándola por los hombros, la hizo volverse hacia sí.

—Sheenit —dijo roncamente—, en ese trueque... ¿estaba incluida tu vida?

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Oh, Red, ¿por qué me haces esa pregunta? —se lamentó.

Paddock juntó los dientes hasta que sus mandíbulas crujieron sordamente.

—De modo que te envió aquí, para librarse de ti...

—¡Red! —la mano de Sheenit se crispó sobre el brazo del joven —. ¡No tomes venganza cuando vuelvas a la fortaleza! ¡Es mi hermana, recuérdalo!

—Ella ha hecho caso omiso del parentesco.

—A pesar de todo. Red, te lo suplico...

Paddock la miró largamente. Sonrió.

—Aunque quisiera, no podría hacerlo. Tengo órdenes de respetar su vida..., ¡pero si no te hubiese encontrado con vida, creo que habría quebrantado esas órdenes!

Ella se le abrazó con fuerza.

—Una vez te vi —murmuró—, cuando estuviste hace diez años en Psitarl—02. Creo que entonces ya me enamoré.

—Pero supiste callarte cuando me viste de nuevo.

—De momento, no te reconocí, Red. Luego... quise averiguar vuestras intenciones. Hasta entonces Devinea no se había portado tan mal conmigo.

—¿Sabes cuál es mi misión? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Devinea deberá firmar ahora el pacto de agregación, tanto si lo quiere como no. La Unión ha esperado ya demasiado tiempo.

—Yo trataré de convencerla para que firme, Red —exclamó la muchacha.

—Deberás ser muy persuasiva con ella —dijo Paddock con tono sombrío.

Se preguntó de pronto qué medios coercitivos debería emplear para obligar a Devinea a firmar algo que no quería en absoluto. Pero, suspiró, ése era un problema que sería debatido más tarde. Ahora se imponía el regreso.

Asió a la muchacha por el brazo y la empujó hacia adelante con

toda delicadeza.

—Vamos —invitó.

CAPÍTULO XII

Al llegar a las inmediaciones de la fortaleza se encontraron con un espectáculo insólito.

El gran portón de acceso estaba abierto de par en par.

De ordinario solía haber algunos soldados de guardia, pero en aquella ocasión el espacio estaba absolutamente desierto.

Lentamente, el carro franqueó el umbral, sin ver a nadie en las habitaciones que correspondían a los guardias que estaban de vigilancia en la puerta y sus alrededores.

El silencio más absoluto reinaba en aquellos parajes. Paddock sintió una extraña opresión en el pecho al observar la siniestra quietud del ambiente.

—No hay nadie —dijo.

Arreó a los animales y éstos avanzaron unos metros. De pronto divisaron una puerta, al otro lado de la cual se veían varios cadáveres. Paddock observó con asombro que entre los muertos había tres o cuatro arborícolas.

—Es imposible que se hayan marchado todos —dijo. Y añadió—: Si no hay nadie, el ascensor no funcionará.

—Un poco más adelante hay una rampa en espiral. La usábamos antes de construir el ascensor, para subir con los carruajes.

—¿De veras? Guíame, por favor.

La muchacha tomó las riendas. Cien metros más allá, encontraron la entrada a un vasto túnel, con anchura suficiente para admitir hasta dos carros a la vez. Dentro ya del túnel, Sheenit arreó a los caballos y les hizo adquirir un galope desenfrenado, pese a la pendiente de la rampa.

A medida que ascendían de nivel, las curvas de la rampa se estrechaban, pero los animales no disminuyeron su veloz marcha. De pronto, Sheenit tiró de las riendas y el carro se detuvo.

—Las habitaciones de mi hermana están dos pisos por encima de nuestras cabezas —manifestó, señalando una minúscula puertecita que se abría en un lado del muro.

Al franquear el umbral, vieron una angosta escalera en espiral. Paddock subió en cabeza, saltando los escalones de dos en dos, en su ansia por saber la suerte de sus compañeros. De pronto, la escalera terminó en una vasta sala, parecida a otra que él ya había visto con anterioridad.

—No hay nadie —dijo Sheenit—, Todo esto resulta muy extraño.

En el mismo instante, como contradiciéndole, una docena de hombres armados surgieron de los dos lados de la puerta.

El primer impulso de Paddock fue echar mano a una de las azagayas que llevaba en la aljaba. Pero desistió casi en el acto, al darse cuenta de que su resistencia no conseguiría otra cosa que empeorar aún más la situación. Resignado, dejó caer los brazos a lo largo de los costados.

* * *

Devinea les recibió en el mismo lugar que cuando les hiciera subir de la mina: al borde del pozo.

Logan, Harriman y los demás estaban allí, en idéntica situación. Vérault extendió los brazos hacia el joven.

—¡Red! ¡Tienes que perdonarme! —gritó, muy excitado—. ¡Fui un tonto! ¡Creí en ella y...!

Devinea sonreía con perversidad.

—No me conocía —dijo de modo significativo.

—Supongo que para ti debió de ser juego de niños engañar a este pobre muchacho, ¿no es eso? —exclamó Paddock.

—Bueno, si se lo creyó... ¿No le advertiste tú que no se fiara de mí o algo por el estilo?

—La Unión pasó por alto una vez lo que hiciste a dos de sus agentes —advirtió Paddock en tono severo—. Te advierto que nuestra muerte, ahora, será considerada como casus belli y tu mundo será arrasado. Hasta este momento hemos intentado persuadirte para que formaras parte de la Unión por todos los medios pacíficos.

—Estás tratando de acobardarme para salvar tu vida —fanfarroneó la mujer.

—No. Solamente procuro hacer entrar la comprensión en tu terca mente. Escucha: me creas o no, tenemos marcado un plazo

para regresar. Si pasado ese plazo no hemos dado señales de vida, la Unión actuará sin esperar a más. Y puedes creerme que su réplica a tus provocaciones será tan rápida y contundente, que esta fortaleza, y todas las restantes en que basas tu poder serán arrasadas antes de que hayas tenido tiempo de estornudar siquiera —se volvió hacia la muchacha—. Sheenit, tradúceles a los guardias mis palabras, punto por punto.

Paddock conocía el idioma, pero le faltaba alguna práctica. Sheenit podría hacerlo mejor que él.

Los guardias se agitaron inquietos y nerviosos. Conocían el formidable poderío de la Unión y, aunque no les seducía en exceso el entrar a formar parte de la misma, el panorama que les pintaba el joven, certero y exacto por otra parte, aún les gustaba menos.

—¡No la escuchéis! —vociferó Devinea, lívida de furor.

De repente, Vérault saltó hacia adelante, a la vez que emitía un aullido de rabia.

—¡Basta ya! ¡Hemos tenido ya demasiadas consideraciones con esta bruja!

Y antes de que nadie pudiera detenerle, asió a Devinea por el talle, la alzó en vilo y la arrojó al pozo.

Devinea lanzó un horrible chillido al verse precipitada en el abismo. Sheenit se tapó la cara con las manos.

En el mismo momento, el jefe de la guardia se lanzó a fondo y atravesó a Vérault con su espada. El muchacho cayó, lanzando un grito de agonía.

Un segundo después, Mazas estiraba el pie con todas sus fuerzas. La puntera de su bota alcanzó al esbirro en una cadera. El sujeto saltó al abismo, a la vez que lanzaba un terrorífico alarido de espanto.

Algunos de los guardias intentaron reaccionar. Paddock les detuvo bien pronto,

—¡Quietos todos! ¡Si alzáis la mano contra nosotros, la Unión os pedirá más tarde estrechas cuentas!

Varios de los soldados tiraron sus armas al suelo, en señal de rendición. Muerta Devinea, los hombres habían perdido en un instante toda su acometividad.

Paddock se arrodilló al lado del muchacho. Vérault agonizaba.

—Red —dijo con un susurro jadeante—, tú... tenías razón... Esa

mujer... Perdóname...

Una bocanada de sangre ahogó sus últimas palabras. El cuerpo del muchacho sufrió una fuerte convulsión y luego se relajó poco a poco.

Paddock se puso en pie. Rodeó con el brazo los hombros de Sheenit, que lloraba en silencio, y se la llevó de aquel lugar.

—Bajad la plataforma para evitar más accidentes —ordenó. Pensó en su interior, aun lamentando la muerte de Vérault, que éste había solucionado a la Unión, con su gesto, una buena cantidad de problemas.

Más tarde, se reunió con sus compañeros.

—Es preciso buscar el transmisor portátil en nuestros equipos. El capitán Ballantyn debe aterrizar en las inmediaciones de la fortaleza.

—Yo me encargaré de hacerlo —se ofreció Nader.

Y Mazas le acompañó.

—Abajo, los esclavos se sublevaron —explicó Logan—. Fracasaron, claro.

—Debieron usar las espadas que arrojamos antes por el tubo —manifestó Harriman. Con aire doctoral, agregó—: Informaré puntualmente de lo ocurrido, Paddock —y luego, con cierto servilismo, terminó—: No es necesario expresarle cuál va a ser el tono general de mi informe.

Paddock sonrió ligeramente.

—Gracias, Censor. Andy —se volvió hacia el metalista—, creo que debieras suspender, en primer lugar, el trabajo en la mina. Después tendrás que realizar un completo estudio de la forma más conveniente y racional para la extracción del mineral.

—Por supuesto, Red. Empezaré ahora mismo a dar las órdenes oportunas.

Logan y el Censor se marcharon. Paddock quedó solo unos momentos.

Reflexionó. Sheenit ocuparía ahora la jefatura de Psitarl—02.

Había aún mundos ignotos, los cuales debían ser agregados a la Unión, numerosos planetas que necesitaban una exploración concienzuda. Seguramente, cuando regresara, la Unión le encomendaría alguna misión análoga.

Pero estaba cansado. Quería asentarse en un sitio fijo, aunque

fuese lejos de la Tierra. «A los treinta y cinco años, un hombre tiene ya derecho a permanecer en un sitio.»

Dimitiría, sí. Los honores y recompensas no le interesaban.

Una voz pronunció de pronto su nombre.

—Red.

Se volvió. Sheenit estaba en el umbral de la puerta.

Suspiró, mientras avanzaba hacia ella con los brazos abiertos. Sheenit necesitaría ahora de su ayuda. Y él no pensaba regateársela.

FIN